

P. SILVERIO DE ZORITA

SANGRE AZUL

(REINAS SANTAS)

"GENS SANCTA" - EDICIONES PAULINAS

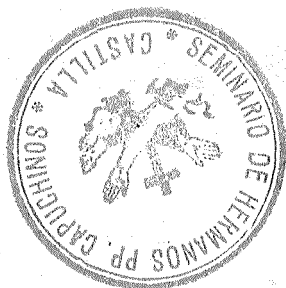
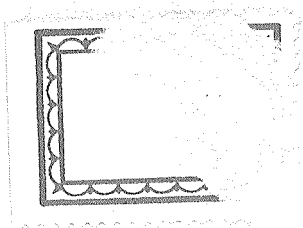




SANGRE AZUL

SILVERIO DE ZORITA

SANGRE AZUL



EDICIONES PAULINAS

NIHIL OBSTAT

Fr. Samuel de Yudego, O. F. M. Cap.

IMPRIMI POTEST

Fr. José María de Chana, O. F. M. Cap.
Madrid, 23 de diciembre de 1957

IMPRIMASE

P. Ignacio Maritano, S. S. P.
Zalla, 10 de octubre de 1960

Depósito legal: BI — 1592-1960

Talleres tipográficos - EDICIONES PAULINAS - ZALLA (Vizcaya)
E S P A Ñ A

PROLOGO

Amable lectora, el libro que tienes en tus manos no es una novela, como podrías pensar al leer su título; es una serie de historias breves e impresionantes, cuyas protagonistas hablan, sufren y gozan exactamente como tú.

En su vida real vivieron hace algunos siglos y fueron mujeres que tuvieron que pasar por las mismas dificultades y por los mismos goces que tú pasas. Ellas tuvieron en su juventud sus ilusiones, exactamente lo mismo que tú tienes las tuyas, y en su edad madura sus desengaños, como probablemente también tú los tendrás.

Pero de todo ello supieron aprovecharse para hacerse santas. Santas, sí; no te acobardes. Tú puedes ser lo que ellas fueron. ¡Cuántas veces, sobre todo cuando alguna dificultad te ha salido al paso en el camino de la vida, habrás dicho con toda la fuerza de tu alma: «¡Qué envidia tengo a las que han sido santas!» Pues aquí tienes a estas mujeres que se hicieron santas en medio del lujo de los

salones y entre las intrigas cortesanas. ¿Acaso tú no podrás ser lo que ellas fueron?

La frase de San Agustín, recriminándose a sí mismo su cobardía, cuando las pasiones le atosigaban, tiene hoy también su actualidad.

«¿Acaso no podrás tú lo que éstos y éstas?» Y al hablar así se representaba en la imaginación un ejército de mártires y vírgenes de toda edad, clase y condición, y con estos ejemplos salió definitivamente de su vida de pecado.

También tú, lectora, al terminar de leer estas breves historias, podrás decirte a ti misma con la misma razón que lo decía San Agustín.

«¿Pero no podré yo hacer lo que estas mujeres hicieron? ¿No tuvieron la mayor parte de ellas más dificultades que yo para ser santas? Pues si ellas lo son, también yo puedo serlo».

No envidies la sangre azul que corrió por las venas de estas heroínas, pero sí imítalas en las virtudes que practicaron. ¡Que su ejemplo te sirva de estímulo para saber luchar y vencer en la vida! Si no eres noble en la sangre, al menos trata de serlo en la virtud. La verdadera nobleza no está precisamente en los blasones ni en los pergaminos, sino en el espíritu.

«Virtud es nobleza», dice un adagio. Más que la nobleza, de su sangre, es la nobleza de su virtud, lo que la historia recuerda en estas mujeres cuya vida vas a leer. ¡No hay nobleza mejor que la de ser hijo de Dios!

Así lo comprendió aquella aya de la princesa Luisa de Francia, hija de Luis XV.

Había cometido su humilde sirvienta no sé qué inesactitud con su joven señora y ésta, herida en su orgullo de mujer, reprendió ásperamente a la sirvienta con estas palabras:

— ¿No os habéis dado cuenta de que soy la hija de vuestro rey?

— Sí, alteza — contestó la sirvienta con serenidad —. ¿Y vos no os habéis dado cuenta de que yo soy la hija de vuestro Dios?

La orgullosa princesa aprendió la lección de su humilde criada y desde aquel día no volvió a dejarse dominar más por la pasión del orgullo.

Vidas de princesas y de reinas son las que contiene este libro. ¡Ojalá que la nobleza de su virtud te impresione mucho más que la nobleza de su sangre.

SANTA ELENA, EMPERATRIZ

(327)

En la humilde choza de Colcestise se estremecieron hasta las hojas de los árboles. Sus humildes moradores, un matrimonio y su única hija, temblaron de pies a cabeza al oír gritos de hombres, piafar de caballos y ladrar de lebreles.

— ¿Quiénes serán los que a tan altas horas de la noche andan por estos bosques solitarios? — preguntó Elena.

— No lo sé — hija mía —, pero tu belleza y tu juventud me hacen temblar. La belleza fue siempre un peligro y más en estas soledades a las que sólo suelen llegar aventureros y soldados, todos ellos sin respeto y sin pudor. De buena gana te escondería, pero temo que si hago esto pueda ser peor para tu madre y para mí.

Los gritos seguían en aumento, los ladridos de los perros más agudos y el trotar de los caballos cada vez más cercanos. En la soledad del bosque se oyó una voz varonil que dijo:

— A quien encuentre una choza en donde poder

pasar la noche, le haré propietario de uno de mis mejores feudos.

El que así hablaba era el gobernador romano Constancio Cloro que se había perdido en aquel bosque con toda su gente.

El montañés salió a uno de los senderos que llevaban a la choza para hacerse encontradizo con aquella gente que se acercaba precipitadamente a su humilde choza. A pocos pasos vio a un grupo de hombres, algunos de ellos elegantemente vestidos, caballeros en briosos corceles. El encuentro con el gobernador romano y el habitante de la choza del bosque fue de sorpresa.

— ¿Quién sois y dónde vivís? — preguntó el gobernador.

— Soy un pobre guarda de estos bosques, y vivo en una choza muy cerca de aquí en compañía de mi mujer y de mi hija.

— Llevadme a vuestra choza, pues estoy desfallecido de hambre y de sed.

Siguieron caminando. Ante la puerta misma de la choza, en la que estaban esperando, llenas de miedo, las dos mujeres, el gobernador romano se apeó de su caballo.

— Esta es mi choza — dijo entonces el guarda —, y éstas mi mujer y mi hija. ¿Qué queréis de nosotros, señor?

— De momento — dijo el gobernador —, algo de comer y de beber pues me encuentro extenuado.

— Elena, cogió un cuerno de buey primorosa-

mente labrado, lo llenó de agua y se lo ofreció al gobernador. Después, sobre una enorme fuente de barro, la madre sacó una pierna de cordero, un buen trozo de manteca y una hogaza de pan.

— Dad a todos también — dijo el guarda — el vino que quieran, pues necesitan reanimarse.

Después de haber comido cuanto les pusieron, el gobernador preguntó si acaso no habría cerca de allí algún castillo donde pasar la noche.

— En este bosque señor — dijo el padre de Elena — no hay ni más palacio, ni más castillo que esta humilde choza donde estáis. Si en algo puede serviros podéis disponer de ella a vuestro gusto. En ella encontraréis un humilde lecho en donde poder pasar la noche con menos incomodidad que en la espesura del bosque.

— Os agradezco vuestra oferta, pero no os preocupéis de mí, ya que mis servidores harán inmediatamente una choza con palos y ramaje y en ella pasaré la noche.

* * *

Al día siguiente, apenas había salido el sol, Constancio Cloro dijo al guardabosque:

— Ya que tan hospitalarios habéis sido conmigo quiero pagaros tan gran favor. La vida que lleváis en esta soledad es miserable, y quiero redimir de esta miseria. Yo soy el emperador de Roma Constancio Cloro. No os asuste mi dignidad, y quiero que, dejando este bosque os vengáis conmigo.

Los dos esposos se miraron en uno al otro llenos de terror.

— No os asustéis. Seréis felices cerca de mí y, en cuanto a vuestra hija, he pensado hacerla mi esposa.

... ..

En la ciudad de Roma resonaron los clarines anunciando la boda del emperador.

Algún tiempo después, volvieron a resonar anunciando el nacimiento de su hijo Constantino.

* * *

Elena era cristiana y trató de inculcar en el corazón de su hijo el respeto a su religión.

— Mira, hijo mío — le dijo un día —, los cristianos son honrados a carta cabal y debes rodearte de ellos si quieres que el poder en tus manos no sea un elemento de perdición. Para el cristiano todos los hombres son hermanos no habiendo distinción de esclavos y de libres.

El joven príncipe escuchaba con singular curiosidad las palabras de su madre y, hasta le dio a entender que, cuando él subiese al trono, haría lo posible por favorecer a los seguidores de la religión de Cristo. La muerte de Constancio Cloro dio el cetro a su hijo Constantino que, como buen hijo, quiso tener entre sus principales consejeros a su misma madre.

Las conversaciones entre hijo y madre eran cada día más íntimas. Más que el gobierno del imperio, interesaba a Elena la formación religiosa de su hijo. Le hablaba con frecuencia de la religión cristiana y poco a poco le fue instruyendo en las principales verdades. Un día Elena habló al joven príncipe de las tristes condiciones en que se encontraban los cristianos respecto a los demás súbditos del imperio.

— Mientras la religión de los dioses — le dijo — es respetada por el Estado, la religión del verdadero Dios, es perseguida. El culto han de celebrarlo en la oscuridad de las catacumbas y no pueden obtener cargos honoríficos o de responsabilidad. Durante tres siglos han sufrido grandes persecuciones y la arena del Circo está empapada en sangre de cristianos. Es, pues, necesario dar libertad a quienes no sólo son honrados personalmente, sino los mejores defensores del emperador.

El ambicioso Magencio declaró la guerra a Constantino. Ambos ejércitos se aprestaron a la lucha. Junto al puente Milvio tuvo lugar la definitiva batalla. Los soldados de uno y otro bando lucharon valientemente. Hubo un momento en que Constantino creyó perder la batalla. El recuerdo de su madre vino a su mente. Prometió recibir el Bautismo con toda su gente si el Dios al que adoraba su madre le alcanzaba la victoria. Apenas había acabado de hacer Constantino esta promesa, en el aire apareció una Cruz resplandeciente y rodeando a la

Cruz este letrero: «Con este Signo vencerás». Constantino y los suyos sintieron renacer en su cuerpo un valor inusitado. Se lanzaron con ímpetu sobre sus enemigos y les hicieron huir precipitadamente.

¡La batalla estaba ganada!

* * *

Mientras en las calles de Roma se marchitaban las palmas de triunfo, Elena hablaba a su hijo una vez más de la necesidad de dar libertad a los cristianos y de recibir el sacramento del Bautismo. Constantino accedió gustoso a los deseos de su madre. El año 313 firmaba el famoso decreto de Milán que daba la libertad a la Iglesia y en cuanto al Bautismo quiso recibirlo de las manos del Sumo Pontífice San Silvestre. Fue tanto el agradecimiento del Emperador a la religión cristiana que a sus expensas se levantaron las famosas basílicas Lateranense, Vaticana, Ostiense, San Lorenzo extramuros, Santa Cruz, San Pedro y Marcelino y Santa Inés.

* * *

Elena veía con sumo agrado aquel cambio de su hijo y trataba de consolidar sus buenos propósitos. Pero había una idea que la había preocupado siempre desde que se había hecho cristiana. El res-

cate de la Santa Cruz donde había muerto el Salvador. Expuso a su hijo el deseo de trasladarse ella misma a Jerusalén y pronto tuvo a su disposición todo lo necesario para llevar a cabo tan santa empresa.

Del puerto de Ostia salió una pequeña flota en dirección a Tierra Santa. En una de las embarcaciones iba la Emperatriz Elena con el alma llena de santos deseos de encontrar la Cruz en la que había muerto el Redentor. Al llegar a Jerusalén fue recibido el real cortejo por el obispo de la Ciudad San Macario. Se organizó una procesión al frente de la cual iban el Obispo y la Emperatriz. Al llegar al monte Calvario los ojos de todos se llenaron de lágrimas; sobre el lugar donde el Redentor había derramado la última gota de su sangre, se levantaba un templo a la impúdica Venus. Irritada santamente la piadosa Emperatriz mandó que fuese demolido dicho templo y en su lugar se levantase otro dedicado al verdadero Dios.

Pero las ansias de la santa Emperatriz no se calmaron con eso, su deseo de encontrar la Cruz del Salvador era tan grande que haciéndose acompañar por el piadoso Obispo y por una ingente muchedumbre, se acercó al lugar donde había sido clavada la Santa Cruz y sin poder contener las lágrimas, exclamó de esta manera:

— «¡He aquí el lugar del combate!, ¿pero dónde está el signo de la victoria? ¡Busco el estandarte de mi salvación y no le encuentro!»

Durante algunos días continuaron los trabajos en el monte Calvario sin que la Emperatriz abandonase el lugar sagrado en espera del encuentro de la santa Reliquia. Por fin una mañana aparecieron en una misma fosa tres cruces, una sobre otra. Lágrimas de alegría brotaron de los ojos de todos. No había duda. Una de aquellas cruces era la del Redentor, las otras dos de los ladrones. ¿Pero cómo distinguirlas sin un milagro?

El milagro no se hizo esperar. San Macario mandó aplicar las tres cruces sucesivamente al cuerpo de una mujer paralítica desde hacía muchos años. Al tocar la Cruz del Salvador el cuerpo de la enferma, ésta recuperó instantaneamente la salud. La palabra «milagro» brotó de los labios de todos los circunstantes. La Emperatriz, feliz por tan piadoso hallazgo, se postró de rodillas ante el Sagrado Leño y besándole una y otra vez dio riendas sueltas a su piedad.

La noticia del feliz hallazgo se difundió por toda la Cristiandad. El santo Madero, donde el Salvador había redimido al mundo, estaba en posesión de los cristianos. La Santa Emperatriz se quedó con un trozo muy importante del Sagrado Leño. En la Ciudad Eterna mandó levantar una gran basílica dedicada a la Santa Cruz y consiguió que su hijo el Emperador promulgase una ley prohibiendo que el suplicio de la cruz no se volviese a usar más. De esta manera lo que hasta entonces había sido signo de ignominia, pasó a ser señal de salvación.

SANTA PULQUERIA

(453)

Tendido en una cama de bronce, cubierta de sedas y brocados, está el emperador Arcadio gravemente enfermo.

Más que la enfermedad del cuerpo, le estremecen las luchas de su espíritu. Los que le rodean, no pueden disimular un gesto de terror.

Arcadio mira hacia atrás y, al ver su vida toda ella sembrada de desvaríos y atropellos, tiembla como una hoja azotada por el vendaval. El remordimiento está a punto de convertirse en desesperación.

Junto al lecho del enfermo está su hija Pulqueria — rostro hermoso y mirada dulce — preocupada por el doble sufrimiento de su augusto padre. De cuando en cuando le acaricia suavemente y, en voz baja, le dice al oído como una oración:

— Padre mío, no os desesperéis por vuestros pecados. Dios es infinitamente misericordioso y perdona a todos cuantos acuden a El con sincero arre-

pentimiento. Echaos en los brazos de Dios y no temáis.

El enfermo al oír estas dulces palabras, abrió los ojos, los clavó suplicantes en los de su hija, y hasta intentó decir algo que sus labios moribundos no acertaron a expresar.

— Recordad, padre mío — volvió a decir Pulqueria —, la multitud de ídolos que habéis derribado, los templos cristianos que habéis erigido, el apoyo que habéis prestado a la religión de Cristo...

El emperador lanzó un suspiro y cerró para siempre los ojos.

Las campanas de la ciudad sonaron lúgubremente anunciando la muerte del emperador y a los pocos días fueron proclamados como sucesores sus dos hijos, Pulqueria y Teodosio.

* * *

En uno de los más suntuosos salones del palacio imperial platican animosamente Pulqueria y su hermano. Sobre un sencillo trípode, forrado de terciopelo, se sienta Pulqueria; en otro más bajo, el joven emperador. Pulqueria tiene apenas diez y seis años y lleva las riendas del imperio con prudencia y serenidad. Pero lo que más la preocupa es la formación del carácter en el inquieto muchacho que, no tardando mucho, ha de ser proclamado emperador. Mientras pone en las manos infantiles de Teodosio un trozo de pergamino le dice con dulzura y energía:

— Seguirás este plan de estudios: Los lunes, gramática. Los martes, literatura. Los miércoles, historia. Los jueves, filosofía... Los días restantes, los dedicaremos a la lectura de los Libros Santos...

— ¿Todo eso es necesario para ser emperador?

— Todo — contesta Pulqueria —. Ser emperador lleva consigo grandes responsabilidades y necesitas ser avisado y discreto. ¡Cuántos imperios se han hundido para siempre por no tener buenos emperadores!

— Yo seré buen emperador — dice Teodosio alegremente — y para que no pueda equivocarme, desde ahora te nombro mi mejor consejera...

— Me agrada tu sencillez y tu confianza en mí — dijo Pulqueria sonriente —, pero el corazón del hombre es tornadizo y voluble. Hoy dice una cosa y al momento lo niega; hoy se muestra amable y pocos momentos después odia al que amó; ahora prodiga las más grandes alabanzas y poco después se desata en las mayores injurias. El amor y el odio, la alabanza y el vituperio, la honra y la deshonra, no se miden por tiempo en el corazón del hombre...

Por eso hoy sólo te pido que cumplas fielmente el horario que te acabo de indicar. Más adelante, ¡quién sabe lo que podrá suceder!

Ahora véncete a ti mismo, que es la más difícil victoria. El día de mañana ya tendrás oportunidad de vencer a tus enemigos.

* * *

Las puertas del palacio imperial rebosan de pobres que esperan la salida de la emperatriz. Es la hora de la comida y aguardan impacientes la cuantiosa limosna. Pulqueria es feliz entre sus pobres. La caridad es su virtud predilecta.

Pero mientras la emperatriz es feliz con sus pobres, dentro del palacio pululan la envidia y la intriga. Algunos nobles intentan aprovecharse de la inconsciencia del joven emperador para sembrar en su corazón ideas de independencia.

Un día Pulqueria fue sorprendida por esta pregunta de su hermano.

— ¿Para qué tantos gastos en socorrer a los pobres? ¿No será eso una manera de fomentar la holgazanería?

Pulqueria miró a su hermano tristemente y no quiso contestar a su pregunta, antes al contrario, con una prudencia y tacto admirables, trató de distraer la conversación. El joven comprendió la lección y no volvió a tocar más el tema.

* * *

Pasan algunos años. El joven príncipe llega a la mayoría de edad y es proclamado emperador. Pulqueria siguió en palacio, a petición de su hermano, que no dudó nunca de las grandes cualidades de su hermana para gobernar. Teodosio la asoció a su mandato y los documentos importantes

eran firmados por los dos y hasta mandó acuñar una moneda con las imágenes de su hermana y suya. Pulqueria procuró con delicadeza y prudencia ir inculcando al joven emperador las virtudes principales del gobernante; pero Teodosio, joven aún, no tardó en llegar a ser víctima de las intrigas cortesanas de los nobles.

* * *

Un día, estando reunido con algunos de sus consejeros, escuchó esta terrible pregunta:

— ¿Por qué razón nuestro señor el emperador ha de seguir dependiendo de su hermana en los asuntos de estado? ¿No sería mejor seguir el consejo de hombres sensatos, que no faltan, y prescindir para siempre de los de una mujer, aunque ésta sea su hermana?

El joven escuchó aquellos cantos de sirena y Pulqueria desde entonces se vio poco a poco relegada a segundo término en la resolución de los asuntos del imperio, quedando el joven a merced de cortesanos y aduladores. Cierta día Pulqueria se atrevió a decírselo a su hermano.

— Veo que has prescindido casi por completo de mí, hermano mío, y temo que seas víctima de tus malos consejeros.

Teodosio quedó pensativo, pues amaba y estimaba mucho a su hermana, pero queriendo deshacerse cuanto antes de ella, le contestó:

— No te extrañe, hermana mía, mi determina-

ción. Mi mayoría de edad exige que sea yo el que dirija personalmente los asuntos del estado y hasta me parece más propio que no seas tú, sino mis consejeros, los que me ayuden en el difícil arte de gobernar.

Pulqueria se echó a llorar. Aquel desprecio de su hermano la llegó a lo más profundo del alma, y decidió retirarse al monasterio de Hebdón, no lejos de Constantinopla.

El día en que Pulqueria abandonó el palacio imperial, miles y miles de pobres acudieron a despedir a su generosa bienhechora. Fue un auténtico día de duelo. Teodosio, libre de la mirada de su hermana, se entregó en manos de algunos cortesanos que no tardaron en dominarle.

* * *

Una de las grandes aficiones del emperador era la caza del ciervo.

— ¿Está ya todo preparado? — preguntó el joven emperador.

— Todo, majestad — contestó el jefe de los cazadores.

Entre nubes de polvo, ladrar de podencos y trotar de caballos, se internó Teodosio en el bosque acompañado de un enorme séquito.

Era un día caluroso de julio. Los gritos de los ojeadores resonaban en la soledad del bosque. Los caballos sudaban a más no poder. Los cuernos re-

sonaron en el silencio del bosque, señal convenida para avisar que la pieza estaba a la vista. El emperador picó espuelas y el caballo se encabritó y dio con el joven emperador en el suelo. A los gritos de auxilio, acudieron algunos criados. El emperador se quejaba horriblemente. Se le subió a la grupa de uno de los caballos más nobles y se le condujo inmediatamente a palacio. Los médicos diagnosticaron rotura de la columna vertebral. Al día siguiente, que fue el 29 de julio del año 450, Teodosio II, dejó de existir.

* * *

Los muros del solitario monasterio de Hebdón, se conmovieron en sus cimientos. Pulqueria era la más indicada para volver a empuñar el cetro imperial.

En un principio rehusó la demanda, pero pronto se convenció de que Dios la quería de nuevo emperatriz para bien de la religión y de la patria.

Los años habían puesto nieve en su cabeza y la prudencia necesaria para salir adelante con tan magna empresa. Sabía que la esperaban grandes dificultades, pero no se asustó ante ellas.

El día que se supo la noticia de que Pulqueria volvía a empuñar las riendas del gobierno, hubo grandes fiestas y, los que más se alegraron, fueron los innumerables necesitados que esperaban volver a recibir la ayuda necesaria de su gran bienhechora.

Pulqueria entró en Constantinopla montada en una mula torda, ricamente enjaezada, en medio de las aclamaciones de una multitud entusiasta. Su primer acto de gobierno fue dar libertad a algunos de los prisioneros políticos más destacados. Esta muestra de caridad llamó poderosamente la atención.

Pero el peligro para Pulqueria no estaba ni en las cárceles, ni en el pueblo, estaba en su mismo palacio. Su hermano había confiado los puestos más importantes en manos de herejes ambiciosos, entre los que sobresalían, por su malicia, Crisafio y Eutiques. Con una prudencia y suavidad admirables la emperatriz logró deshacerse de ellos, expulsándoles fuera de la Capital. Lo mismo hizo con otros no tan conocidos, pero no menos perjudiciales para la seguridad y paz del imperio. Al poco tiempo Pulqueria había renovado la corte.

Libre de sus enemigos, pensó en dar estabilidad al imperio uniendo a su enérgica voluntad, la de un hombre que sobresaliese por su prudencia y por su conocimiento en asuntos de gobierno. Envejecida prematuramente pensó dejar el gobierno del imperio en manos más fuertes que las suyas, para de esta manera poderse entregar más de lleno a las obras de caridad. El hombre que eligió para tan santo empeño fue Marciano, con el cual contrajo matrimonio bajo esta condición: Que siempre respetaría el voto de virginidad que tenía hecho al Señor desde su juventud. Marciano así lo prometió. Dios

bendijo esta unión con una prosperidad y paz que hasta entonces no se había conocido.

Pulqueria se entregó con toda su alma a las obras de caridad y a la defensa de la religión, prestando todo su apoyo a los Padres del Concilio de Efeso y de Calcedonia, siendo ella una de las más valientes defensoras de la maternidad de la Virgen contra Nestorio.

El 10 de septiembre del año 457, murió la emperatriz, siendo ejemplo de caridad y de prudencia. Los Padres del Concilio de Calcedonia la proclamaron unánimemente defensora de la fe, conciliadora de la paz y azote de los herejes.

SANTA CLOTILDE

(545)

Gundebaldo amaba entrañablemente a su sobrina y pasaba con ella grandes ratos de conversación admirando aquella ingenuidad y aquella agudeza de entendimiento.

Cierto día Clotilde se atrevió a preguntar: — «Tío, ¿por qué hemos de estar siempre lejos de la felicidad que buscamos?»

La pregunta no era al acaso. Clotilde había pasado los primeros años de su vida en la soledad de aquellas montañas a las que sólo llegaba el ruido de las frondas y el rugir del mar. Ella sabía que detrás de aquellos altos montes y de aquel mar inmenso, había tierras misteriosas y playas desconocidas, donde reinaban otros reyes más poderosos que su tío, y sintió deseos de conocer aquellos mundos lejanos.

— ¿Por qué he de estar — decía — siempre encerrada en esta soledad cuando más al sur existen bellezas que tal vez podrán hacerme feliz?

— La felicidad, hija mía — contestó Gundebaldo — no está siempre donde la creemos, sino donde ella nos espera. Si eres buena, la felicidad estará en esta soledad que tanto aborreces.

Clotilde quedó pensativa sin acertar a entender la contestación de su tío, y siguió soñando en los mares lejanos y en los bosques desconocidos.

Cierto día vio entrar en una de las habitaciones de su tío al astuto Aredio. Le siguió con los ojos, pues sospechó, a juzgar por la preocupación que demostraba, que algo grave le traía allí. Llevada de la curiosidad se acercó a las cortinas que ocultaban la puerta y escuchó esta conversación.

* * *

— Majestad, esa niña a quien mimáis y que hoy es vuestro tormento, es posible que mañana sea vuestro más terrible verdugo...

— Lo sé, Aredio, pero ¿por qué vienes a recordarme estas cosas? Ella es inocente y nada sabe de cuanto ha sucedido.

— Pero lo puede saber, majestad, y entonces...

— Tienes razón. El día en que Clotilde sepa que yo fui quien di muerte a su padre y mandé arrojar a su madre al mar, aquel día me odiará.

— Estad seguro, señor, que tarde o temprano lo sabrá. Como también sabrá que sus dos hermanos fueron muertos por orden vuestra.

— Aredio — dijo Gundebaldo lleno de terror — no levantes la voz de esta manera; el palacio está

en silencio y alguien podría oír lo que estamos hablando. Mientras tanto Clotilde, al otro lado de las cortinas, se sintió morir. Su curiosidad infantil la había descubierto uno de los secretos más inexplicables de su vida. Un escalofrío de muerte corrió por todo su cuerpo, los ojos se le nublaron y cayó en el suelo sin sentido.

Gundebaldo y Aredio, al oír el golpe, salieron rápidamente y su sorpresa fue indecible cuando vieron a Clotilde pálida y respirando fatigosamente. La levantaron del suelo y la llevaron a una de las alcobas.

— Sin duda se ha mareado al oír nuestra conversación — comentó Gundebaldo aterrizado.

— Ya os lo dije, majestad, que esta niña llegaría a ser vuestro mayor verdugo.

Cuando Clotilde volvió en sí, su tío la preguntó con mal disimulada ansiedad:

— ¿Qué te ha pasado, hija mía?

— Nada de importancia — contestó ella —. Un pequeño mareo.

— Sí, un pequeño mareo — repitió Gundebaldo, tratando de quitar importancia al hecho —. Pero, ya se pasó, ¿no es así?

La niña contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza.

Gundebaldo trató de tranquilizarse, pero los ojos de su sobrina, que le miraban fijamente, le decían bien a las claras que la gran tragedia había comenzado.

* * *

Pasaron algunos meses. El episodio del mareo se llegó a olvidar. Clotilde era una jovencita de diez y seis abriles, hermosa, ingenua y llena de viveza. Pero, sobre todos los entretenimientos, el que más feliz la hacía era el dar limosnas a los pobres.

No pasó inadvertida esta inclinación de la joven a su tío y se esforzó en darle todas las facilidades. Creía poder hacerle olvidar con ello los sueños de ver otras tierras y, sobre todo, la conversación sostenida con Aredio, si era cierto que la había podido escuchar. Clotilde era cristiana y su tío pagano, pero respetaba de buen grado la religión de su sobrina a cambio de verla feliz en su compañía.

* * *

Ante las puertas del palacio estaba una multitud ingente de necesitados. Clotilde salió como otros días y comenzó a repartir comida, vestidos y dinero.

— A mí, señora — suplicaba un anciano al que faltaba la mano derecha.

— Señora, un vestido por amor de Dios — gritó una mujer, que sostenía a un niño en los brazos. en los brazos.

— Señora, a mí...

— Y a mí, y a mí...

Los gritos eran ensordecedores.

Mientras la joven princesa repartía la caridad entre sus pobres, se acercó uno de aspecto distinguido, vestido pobremente y con una alforja al hom-

bro. Alargó la mano, sin decir una sola palabra y Clotilde le entregó unas monedas de plata. El mendigo, al recibir la limosna, se inclinó respetuosamente, besó la mano de la princesa y se retiró.

Clotilde le siguió con los ojos, extrañada de aquella forma de pedir y dio orden a una de sus doncellas para que no perdiese de vista al misterioso mendigo, pues tenía interés de hablar con él.

Terminado el reparto, los pobres se fueron cada uno por su parte y el pobre de la alforja se acercó de nuevo a Clotilde, con los ojos bajos y en ademán ceremonioso.

— Permitidme, hermano — dijo entonces la princesa — que os haga una pregunta. ¿De dónde venís y quién sois?

— Vengo del país de los francos — contestó el mendigo.

— ¿Del país de las francos? — preguntó Clotilde con extrañeza —. Sé que son enemigos irreconciliables de los borgoñones.

— Es cierto, por eso precisamente mi señor ha querido hacer llegar hasta vos un mensaje que siempre ha sido interceptado. Hoy, por fortuna, ese mensaje ha llegado a vuestras manos.

Esto diciendo entregó a la joven princesa un pequeño pergamino en el que el rey de los francos la saluda con palabras de cariño y de respeto.

Terminada la lectura, Clotilde preguntó:

— Veo que vuestro señor es un gran caballero, ¿no podríais decirme su nombre?

— Mi señor — contestó el mendigo — se llama Clodoveo. Sabe en qué circunstancias os encontráis y quiere sacaros de este infierno en que vivís. Vuestro tío Gundebaldo ha derramado la sangre de toda vuestra familia y es tal su ambición que la vuestra está también en peligro. Mi señor quiere hacer os su esposa y aquí tenéis el anillo de oro que por mi medio os envía.

Clotilde quedó como anonada con las palabras del mendigo, y a su mente acudió la escena terrible en que ella horrorizada cayó al suelo después de oír la conversación tenida entre su tío y el traidor Aredio.

Se recogió unos momentos para pensar mejor su respuesta y después dijo al mendigo:

— Id y comunicad a vuestro señor el rey de los francos, que acepto gustosa lo que en su carta me propone. Dadle en prueba de ello este anillo de oro, y aceptad para vos estas cien monedas de plata.

El mendigo inclinó la cabeza y se despidió.

* * *

Como en los cuentos de hadas, Clotilde pasaba los días mirando desde las almenas del castillo por ver si descubriría la llegada del rey de los francos. Un día divisó a lo lejos, envueltos en nubes de polvo, unos jinetes que se acercaban a galope. El corazón le dio un vuelco. ¿Vendría allí el rey de los francos?

Los caballeros llegaron a las puertas del casti-

llo. Gundebaldo, político astuto, les acogió con toda amabilidad y les introdujo en uno de los más lujosos salones. Los emisarios le entregaron las cartas que traían del rey Clovodeo y Gundebaldo, después de leerlas, añadió:

— Nunca creí, señores, que el rey de los francos me haría tan alta distinción eligiendo a mi sobrina para esposa. Estoy seguro que esto es un bien para ella y para mí.

Mandó preparar un gran convite y celebraron con el mayor regocijo la elección de la princesa Clotilde para esposa del rey de los francos.

— Cuando volváis a vuestra tierra — les dijo Gundebaldo — decid a vuestro rey que ojalá sea tan feliz como yo le deseo.

Los festejos duraron algunos días y Gundebaldo se veía libre de aquella criatura que algún día podría ser su mayor enemigo. Clotilde se iba, pero en el corazón del bárbaro quedaba el remordimiento de los múltiples asesinatos cometidos por el único móvil de la ambición.

* * *

En una elegante carroza, tirada por dos bueyes negros, regalo de su tío, salió la princesa de los borgoñones camino de su nuevo reino. Los sueños dorados de su infancia iban a tener realización. Deseosa de llegar cuanto antes al lado de su esposo, mandó, que en vez de carroza de bueyes, se pudiese

a su disposición un rápido alazán. Se ensilló al más vistoso y ligero, Clotilde subió sobre él, y, picando espuelas, atravesó llanuras y montes con extraña rapidez. Cerca de Troyes, en la pequeña aldea de Villery, la estaba esperando Clodoveo, rodeado de todo el esplendor de su corte. El oro relampagueaba en los vestidos; los arreos militares brillaban como soles; los soldados de piernas desnudas, pies cubiertos de pieles de fieras, túnicas cortas, picas de doble punta y escudos de plata, rodeaban solemnemente a su rey. Al bajar Clotilde del caballo Clodoveo se acercó a ella, la besó la mano, con gran reverencia, y en el mismo instante las trompetas de plata saludaron a los nuevos reyes.

Las fiestas nupciales duraron algún tiempo. Un día Clotilde, toda radiante y hermosa, dijo al rey:

— Ya sabrás que una de mis más grandes ilusiones es hacer obras de caridad con los necesitados. Espero que me ayudarás en tan bella ocupación.

— Esposa mía — contestó Clodoveo —, puedes hacer lo que quieras y lo que tu mandes eso se hará.

— Cuando el embajador mendigo llegó con tu anillo estaba dando de comer a los pobres y no quisiera que nuestro matrimonio rompiese esta santa costumbre.

— Te he dicho, esposa mía, que haré siempre lo que sea tu voluntad.

Pasaron algunos meses. Clotilde sintió en sus entrañas indicios de fecundidad. Con cierto rubor se lo manifestó a su esposo que recibió la noticia con la alegría que es de suponer.

Fue la ocasión elegida por Clotilde para dar el primer paso en la conversión de su esposo.

— Ya sabes — le dijo — que dentro de muy poco seré madre, y quiero que el fruto de mis entrañas sea bautizado en la religión católica, como lo estoy yo. Y para que mi dicha sea completa, me gustaría también que tú abrazases la religión que yo profeso.

Clodoveo bajó los ojos al suelo y calló. Lo que su esposa le pedía era demasiado para su espíritu acostumbrado a la libertad de los campos de batalla y a la tradición de sus antepasados. Pero no tuvo valor para decirle que no.

Precisamente aquel mismo día Clotilde se encontró en uno de los corredores del palacio con un anciano de barba blanca y mirar sereno y profundo. Era Remigio, el santo obispo de Reims, al que Clodoveo estimaba y tenía por consejero. Clotilde vio en el santo obispo un aliado poderoso para llevar a cabo su gran proyecto. Después de manifestarle que era cristiana, y exponerle el deseo que tenía respecto del rey, dijo al santo obispo:

— Padre mío, habládme de Dios pues harto oigo hablar de negocios materiales.

El santo obispo sonrió dulcemente.

— ¿No creéis, Padre mío, que mi esposo se hará cristiano?

— No lo sé, hija mía. La secta de los arrianos, a la que pertenece, se opondrá fuertemente a ello.

— Mi esposo me ama y me ha prometido todo cuanto le pida...

— Entonces — dijo Remigio — aprovechad esta coyuntura. Cambiad el corazón del rey de los francos y Dios os lo premiará.

* * *

En uno de los salones de palacio está el rey Clodoveo sentado y pensativo. Hace días que no quiere hablar con nadie. Clotilde lo ve y sufre en silencio. Pero aquella angustia no puede soportarla más tiempo. Se acerca tímidamente a su esposo y le pregunta:

— ¿Qué es lo que te sucede, esposo mío?

— ¿Eres tú la única en palacio que lo ignora?

— ¿Qué puedo yo saber, pobre mujer, de los asuntos del rey mi señor?

— Los alemanes — dijo entonces Clodoveo, sin levantar los ojos del suelo — acaban de declararme la guerra. Dentro de breves horas me encontraré frente a ellos en el campo de Tolbiac. Pero lo que más me preocupa es que su ejército es mucho más numeroso que el mío.

— Encomiéndate al Dios que yo adoro — in-

sinuó tímidamente Clotilde —, ¡quién sabe si El te dará la victoria!

— Tu Dios, por muy poderoso que sea, no tiene poder para cambiar el rumbo de las batallas.

— No hables así, esposo mío. El Dios que yo adoro es infinitamente poderoso, y puede dar la derrota y la victoria a quien quiera.

— Si es tan poderoso, como tú dices, ¿por qué dejó morir a nuestro hijo?

Así terminó la conversación.

* * *

En el campo de Tolbiac se encontraron los dos ejércitos. La lucha fue sangrienta. La batalla se prolongó durante varios días. De un lado y de otro los heridos y los muertos fueron muchos. Los soldados del rey de los francos luchaban valerosamente, pero los alemanes eran más en número y no menos aguerridos. Hubo un momento en que la victoria se inclinó manifiestamente del lado de los alemanes. Clodoveo se acordó entonces de la conversación sostenida hacía unos días con su esposa y, cayendo de rodillas, levantó los brazos al cielo exclamando:

— Dios de Clotilde, si es verdad que proteges a los que te invocan, óyeme.

La batalla se recrudeció violentamente. Clodoveo la creyó perdida. Pero su oración había sido escuchada en atención a su santa esposa. Un soldado llegó al puesto de mando con la esperada

noticia. El general de los alemanes acababa de caer mortalmente herido y sus soldados huían desordenadamente.

Clodoveo había ganado la batalla.

* * *

En la Nochebuena del año siguiente, tuvo lugar el gran acontecimiento religioso. En la catedral de Reims, Clodoveo con más de tres mil nobles y un número incontable de soldados, fue bautizado solemnemente. Fue el principio de una nueva era para la Iglesia Católica en el reino de los francos.

Clotilde, con los ojos llenos de lágrimas, siguió la emocionante ceremonia.

Antes de derramar las aguas regeneradoras sobre la cabeza de Clodoveo, el obispo Remigio pronunció aquella frase que la historia ha conservado por valiente y profunda:

— «Humilla la cerviz, bárbaro sicambro — le dijo —, quema lo que adoraste y adora lo que quemaste».

El rey siguió gobernando y la reina ejercitándose en sus obras de caridad.

El año 509 Clodoveo murió siendo llorado por todo el pueblo que perdió en él un gran guerrero y un gran gobernante. En cuanto a Clotilde, Gregorio de Tours la describe de esta manera: «Asidua en las limosnas, infatigable en las vigiliás, perfecta en la castidad, fue honrada por todos a causa

de la nobleza de su vida. No parecía una reina, sino una monja».

* * *

Junto al sepulcro de su santa predilecta Santa Genoveva, Clotilde pasó los últimos años de su vida, bien ajena por cierto, a los sufrimientos que el Señor le tenía preparados. Un día llegaron a París sus dos hijos Childeberto y Clotario. Traían una misión terrible.

— Enviadnos a los hijos de nuestro hermano muerto para levantarlos sobre el pavés.

La anciana reina creyó en la rectitud de aquellas palabras y se dispuso a proporcionar a sus nietos aquella gloria. Dio de comer a los niños, los vistió con sus mejores vestidos, y los acompañó al templo de Santa Genoveva, donde había de tener lugar la solemne ceremonia. En el camino se encontró con un enviado de los traidores que la mostró unas tijeras y una espada.

— ¿Qué significa eso? — preguntó la anciana reina horrorizada.

— Señora — contestó el traidor —, tus hijos desean conocer lo que piensas hacer de estos pequeños. ¿Qué es lo que preferís? ¿Que les corten los cabellos o que sean degollados?

Clotilde palideció. Le pedían para aquellos niños inocentes la muerte o la deshonor. Ciega de ira, sin detenerse a medir la trascendencia de sus palabras, exclamó:

— Si mis nietos no han de reinar, prefiero verlos muertos antes que rasurados.

Clotilde vio llena de terror, cómo la arrebatában los dos nietos de las manos. Transida de dolor se fue a postrar a los pies de su santa predilecta, Santa Genoveva. Cuando llegó al altar cayó exánime.

Mientras moría Clotilde en el lugar santo, su hijo Clotario cogió al mayor de los hijos de su hermano difunto y le atravesó con la espada de parte a parte. El más pequeño, al oír los gritos de su hermano, se abrazó a las rodillas de su tío Childeberto, gritando:

— Oh, padre mío, no permitas que hagan conmigo lo que acaban de hacer con mi hermano.

Childeberto se conmovió y pidió a Clotario perdonase la vida a aquel inocente. Pero Clotario no entendía los gritos de la inocencia.

— Suéltale, o te mato a ti en su lugar. ¿Has sido el instigador de este crimen y ahora quieres que yo falte a mi palabra?

Clotario, ciego de ira, desenvainó la espada y la hundió en el cuerpo de su indefenso sobrino.

Este fue el trágico desenlace de la vida de Clotilde, la reina suave y dulce que vio deshonorado su reinado por la espada criminal de sus propios hijos.

SANTA RADEGUNDA

(587)

En los campos de Turingia se encontraron frente a frente los dos ejércitos. El uno estaba capitaneado por Clotario, el otro por Hermenefrindo. Si el primero era valiente, el segundo jamás había conocido el miedo, ni ante el toque de los clarines guerreros, ni ante el brillar de las espadas. Una vez más en la historia se iba a repetir la escena de vencedores y vencidos. ¿Quién sería el vencedor? ¿Quién el vencido? La suerte estuvo a favor de Clotario.

Era al atardecer. Los rostros sudorosos de los soldados brillaban trágicamente. Hermenefrindo, con los ojos llenos de ira, miró a todas partes, menos a su vencedor. Clotario, en cambio, dirigiendo una mirada de orgullo al vencido, expuso las condiciones de redención. Eran tiempos de barbarie y Clotario, a pesar de haber sido educado en las máximas del Evangelio, trató a su contrincante con la dureza de un pagano. Hermenefrindo, oídas

las duras condiciones, con una mano en el pecho y la otra sobre la empuñadura de su espada, enfundada en señal de sumisión, dijo a Clotario:

— Señor, dejadme que os hable como vencido. Sé que no merezco ser escuchado, ya que las leyes de la guerra me niegan este derecho, pero como cristiano, espero que vuestro corazón no será tan duro como el de un infiel. Llevaos a vuestra tierra lo que queráis, pero no me neguéis el consuelo de tener a mi lado, mientras viva, a mis dos sobrinos. Vos sabéis que son huérfanos y que yo los he considerado siempre como si fueran mis hijos.

— Precisamente tus dos sobrinos — contestó Clotario con dureza — serán la principal riqueza del botín. Radegunda por ser hermosa, su hermano por ser inteligente. A ella la haré mi mujer, a su hermano el principal de mis vasallos.

— Pensad, señor — insistió Hermenefrindo — lo que significa para unos niños de tan tierna edad dejar para siempre el palacio donde nacieron y la tierra donde se criaron...

— Las leyes de la guerra son inexorables — repuso Clotario — y el vencido no tiene derecho a poner condiciones a su vencedor. Daos por satisfecho si os he permitido hablar.

El toque de clarín sonó imperiosamente y Clotario emprendió el viaje a la hermosa Francia, llevándose, como parte importante del botín, a los dos sobrinos de Hermenefrindo.

En la corte de los francos reinaban los más brutales desórdenes. La vida disoluta del rey contribuía a ello. Hacía algunos años que Clotario se había casado con la hermosa Idegunda, pero lejos de hacerla feliz, la había convertido en una verdadera mártir. Sensual e impulsivo, no tardó en profanar el tálamo conyugal. De nada sirvieron, ni la virtud acrisolada de su esposa, ni las dulces reprimendas del obispo de Reims, Remigio. El rey no conocía otra razón que la de su instinto.

— Acordaos — le dijo cierto día su esposa —, acordaos de vuestra madre Clotilde. Si ella viviera, ¿tendríais el valor de hacerla sufrir como me hacéis a mí?

Clotario, engreído por sus triunfos en los campos de batalla y por el éxito de sus conquistas en los salones, despreciaba las advertencias de su esposa. Sin embargo, en medio de sus disoluciones, había un pensamiento que le frenaba: era el recordar que la hermosa Radegunda, encerrada en el castillo de Athies, llevaba más vida de ángel que de mujer. Puesta bajo la dirección de excelentes maestras, la joven rezaba, bordaba, jugaba y, sobre todo, se preparaba para ser la futura reina de los francos. Clotario hurtaba el tiempo de cuando en cuando a sus más urgentes ocupaciones para ir a verla y, cada vez que estaba con la hermosa princesa, se le abrasaba el corazón en el fuego de la pasión más violenta. Lo único que se oponía a tan voraz incendio era el matrimonio con Idegun-

da. Para acallar tan violenta pasión vivía disolutamente, creyendo de este modo ahogar el remordimiento de la conciencia que le echaba en cara su vergonzosa pasión.

* * *

Mientras el rey se divertía, Radegunda, encerrada en su castillo, se ejercitaba en obras de piedad y de misericordia. La lectura de los Libros Santos, la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños y el dar limosna a los necesitados, eran sus mejores entretenimientos.

Nó tardó en correr por todos los alrededores la fama de caridad de la joven princesa por lo que todos los días acudían a las puertas del castillo interminables caravanas de menesterosos en demanda de limosna. Conocía Clotario esta virtud de Radegunda y le enviaba con frecuencia grandes cantidades de dinero y de alimentos para que la caritativa princesa los repartiese entre los necesitados.

— Un Padrenuestro por la salud del rey — decía Radegunda antes de comenzar el diario reparto.

Y de los labios de la inmensa muchedumbre brotaba, como una cascada, la piadosa oración.

— Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores — proseguía diciendo Radegunda — y al pronunciar estas palabras quedaba como absorta repitiéndolas una y otra vez.

— Sí, Señor — proseguía —, perdónanos a to-

dos, perdona los pecados del rey, los que cometió contra mi familia y, sobre todo, los que sigue cometiendo.

* * *

Un día llegó a oídos de Radegunda la triste noticia. Idegunda acababa de morir.

En palacio se guardó riguroso luto y Clotario, ante los fríos despojos de su esposa, sintió más el remordimiento de su vida disoluta. Hasta se habló de que el rey había comenzado una vida mejor.

Pero la realidad no fue así. Pasados los primeros meses Clotario volvió de nuevo a su vida de desenfreno.

Cierto día en que Radegunda estaba, como de costumbre, repartiendo la limosna a sus pobres, distinguió en la lejanía una gran polvoreda, como de gente que se acercase a caballo hasta allí.

— ¿Quiénes serán? — pensó —. ¿Tal vez enviados del rey?

La sospecha pronto fue una realidad. Algunos de los más íntimos del rey se acercaron a la joven princesa, y, con profunda reverencia, le entregaron un historiado pergamino en el que estaba escrita la voluntad de Clotario.

La escena fue rápida y emocionante. Mientras leía el pergamino, y los enviados del rey esperaban impacientes la contestación, la inmensa muchedumbre de pobres que allí había no cesaba de repetir: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdó-*

nanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores...»

Radegunda recordó los atropellos de aquel que la pedía para esposa, los crímenes cometidos por sus soldados, los destrozos hechos por culpa suya en su tierra, la bella Turingia, y estuvo a punto de decir a los enviados del rey que jamás consentiría ser la esposa del opresor de su pueblo. Pero la oración de los pobres la conmovió y resonaron como nunca en su corazón las palabras del Maestro: «perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». Radegunda bajó los ojos, se recogió unos instantes en su interior, y, enrollando suavemente el pergamino, dijo a los emisarios del rey:

— Id a vuestro señor y decidle que estoy conforme con lo que él quiera de mí.

No hubo más palabras. Radegunda siguió atendiendo a sus pobres y los enviados se volvieron a Soison, contentos del éxito de su embajada.

A los pocos días el mismo Clotario en persona se fue en busca de su futura esposa. Cubierto de oro y de seda se acercó a Radegunda y le besó la mano ceremoniosamente. Radegunda rompió a llorar.

— Señora — dijo entonces el rey, tratando de consolarla —, sabed que muchas jóvenes de mi reino os envidian en este momento.

— Lo comprendo, señor, pero me gustaría más seguir viviendo entre mis pobres que entre el lujo de la corte.

— Vuestra humildad es admirable — dijo Clotario — y yo haré que, siendo reina, podáis seguir ejerciendo la caridad.

El magnífico cortejo se puso en marcha. Clotario no podía disimular su satisfacción. Las damas y caballeros comentaban en voz baja la extraordinaria hermosura de la nueva reina. Llegaron al palacio de Soison. Radegunda se dirigió primeramente a la capilla. El rey la esperó fuera. Ante una imagen de Jesús Crucificado Radegunda hizo la siguiente oración :

— ¡Oh Dios mío que, para salvar a los pecadores descendiste del cielo a la tierra y quisiste morir en una cruz!, mira la prueba a que voy a ser sometida. Mi deseo sería poder conservar siempre sin mancha el lirio de mi virginidad, pero he sido entregada en matrimonio a este rey de costumbres licenciosas. Concededme, Señor, que yo pueda trasformarle y hacer de él un buen cristiano.

Terminada su oración Radegunda abandonó la capilla. Clotario la esperaba impaciente.

— ¿Qué le has pedido al Señor? — preguntó Clotario.

— Le he pedido por ti — contestó Radegunda sonriente.

— Me lo he figurado.

— ¿Has oído acaso mi oración?

— No, pero conozco muy bien la bondad y nobleza de tu alma y estoy seguro que has rogado al Señor por mí.

* * *

Llegó el día de la boda. Magnates, caballeros, príncipes, damas de calidad, obispos, clérigos y toda flor y nata del reino acudieron a la solemne ceremonia. Algunos enemigos irreconciliables del rey creyeron encontrar en la piedad de Radegunda un motivo para deshacer todos los preparativos de la boda.

— El rey — la dijeron — no os hará feliz. Son demasiado grandes sus defectos para que se amolde a la vida conyugal. Si queréis, esta misma noche podréis huir fácilmente a vuestra amada tierra de Turingia. Todo está preparado para la huida. ¿Qué os parece?

Radegunda creyó ver en esto un aviso del cielo.

— Ya que el Señor — les dijo — pone en mis manos esta oportunidad de volver a mi amada tierra, gozosa acepto vuestra proposición.

Llegada la noche se vistió con los vestidos más sencillos que encontró y esperó impaciente el momento deseado. Pasaron las primeras horas de la noche, y viendo que los palaciegos no llegaban, pensó en una traición. De pronto oyó que alguien se acercaba.

— Ellos son — se dijo —, pero al abrir la puerta, se encontró con el rostro irritado de Clotario. Radegunda cayó al suelo desmayada. Cuando volvió en sí no pudo menos de confesar su debilidad y la traición de que había sido víctima.

— Perdonad, señor — dijo al rey —, que atraída

por la esperanza de volver a mi amada tierra de Turingia, me haya prestado al juego de vuestros enemigos.

— Estás perdonada — contestó Clotario que no pensaba más que hacerla su esposa. Despójate de esos pobres vestidos y vuelve a mi palacio donde te esperan todos para la boda. En cuanto a mis enemigos yo sabré darles el pago merecido.

Al día siguiente, en la capilla del palacio de Soisson, la bella Radegunda dejó de ser princesa de Turingia para comenzar a ser reina de los francos.

Clotario se sentía feliz con su nueva esposa y ésta, por su parte, trataba de complacer en todo a su marido. Pero, pasados algunos meses, el rey volvió a su vida disipada. Radegunda soportó pacientemente la terrible prueba y no tuvo ni una palabra de reproche, antes al contrario, se esforzó en mostrarse con él cariñosa y complaciente. Un día Clotario notó que la hermosura de su joven esposa se iba marchitando palpablemente y temió por su salud.

— ¿No eres feliz en mi palacio? — la preguntó.

— Lo sería si tu fueses para mí lo que debes ser — contestó ella sollozando.

— Ya sé a qué te refieres, pero es que la vida de un rey...

— Los reyes, como los vasallos, tienen un alma que salvar...

— Hay compromisos en la corte que son difíciles de vencer...

— Cuando se trata de salvar el alma no debe haber ningún compromiso que justifique el perderla...

Diálogos como éste se repetían con frecuencia.

Un día el rey, llevado de su temperamento iracundo, llegó a insultar a su santa esposa.

— ¡Ojalá nunca te hubiera conocido — la dijo —. Me he casado con una monja en vez de casarme con una reina!

Radegunda sufría pacientemente los insultos del rey y trataba por todos los medios de cambiar al esposo calavera.

Es verdad que Clotario apenas veía en ella la menor sombra de tristeza, la colmaba de caricias y de regalos, pero al poco tiempo volvía a sus habituales desórdenes.

Radegunda no pudo soportar por más tiempo semejante humillación y pensó abandonar ocultamente a su esposo. Un trágico suceso vino a acelerar su determinación.

Estaba la reina en sus habitaciones cuando alguien llamó urgentemente a la puerta.

— Adelante — gritó Radegunda.

— Majestad, majestad...

— ¿Qué sucede?

— El rey acaba de cometer un crimen horrendo.

— ¿El rey? — preguntó Radegunda horrorizada.

— Sí, majestad. Ha mandado dar muerte a vuestro hermano.

Radegunda cayó desmayada y apenas pudo exclamar:

— ¡Dios mío, dadme fuerzas para presentarme ante el rey!

Cuando volvió en sí, se dirigió donde estaba su marido, el cual, al verla pálida y desencajada, se arrojó a sus pies pidiéndola perdón.

— Esposa mía — dijo —. He cometido el crimen más repugnante. Ha sido un momento de locura... Los celos me consumían... Supe que tu hermano quería huir y llevarte en su huída y yo no he podido soportar semejante injuria. Perdóname.

Radegunda, blanca como una estatua de cera, exclamó:

— Nunca lloraré bastante la muerte de mi hermano...

— Lo sé — contestó Clotario — pero te ruego que me perdones.

— Cristo perdonó a sus enemigos desde el árbol de la Cruz — dijo entonces Radegunda — y yo no sería verdaderamente discípula suya si no te perdonase. Pero ya que has abierto en mi corazón esta enorme herida, te ruego me permitas retirarme a un monasterio para ejercitarme en obras de caridad, rogar por ti, y por el alma de mi hermano.

— Haz lo que quieras — contestó el rey — y pide al Señor que me perdone como tu me acabas de perdonar. El obispo Medardo es varón de Dios, preséntate a él y haz cuanto él te aconseje.

El obispo Medardo salió a recibirla con gran acompañamiento de clérigos y fieles. Al verle la reina cayó de rodillas deshecha en lágrimas.

— Levantaos y no lloréis — dijo el obispo.

Radegunda contó a Medardo su triste historia. El santo obispo la escuchó conmovido y luego la dijo:

— Comprendo, hija mía, la amargura de vuestro corazón, pero no creo acertado que os encerréis en un monasterio en vida de vuestro esposo. Los vínculos del matrimonio no se pueden romper con la facilidad que vos pretendéis.

— Dadme unos momentos, al menos, para retirarme a la sacristía y pensar más detenidamente lo que debo hacer.

El obispo accedió gustoso. Pasaron algunos momentos y al ver que no salía, Medardo abrió la puerta y quedó horrorizado. La reina estaba de rodillas, cortados los hermosos cabellos y, sobre la tonsurada cabeza, el velo de religiosa.

— ¿Cómo os habéis atrevido a tomar tan grave determinación sin contar conmigo? — la preguntó el santo obispo.

— Padre mío — contestó la reina —, sabía que no íbais a atender mis ruegos y he acudido a Dios directamente, el cual me ha inspirado obrar de esta manera. Y aún os digo más; que si tardáis en consagrarme al Señor tendréis que darle cuenta de mi alma.

Esto diciendo se despojó de sus vestidos reales, colocó el anillo, los brazaletes y los broches de oro sobre el altar y el cinturón de oro macizo se lo dio al obispo diciéndole: «Esto para los pobres de Cristo».

Medardo, conmovido, puso las manos sobre la cabeza de Radegunda en señal de que quedaba definitivamente consagrada al servicio de Dios como religiosa.

* * *

En la bella ciudad de Poitiers Radegunda mandó construir un gran monasterio. Las obras se hicieron rápidamente temiendo que Clotario reclamase a su esposa antes de entrar en clausura. El obispo Medardo bendijo el gran edificio.

Entre los personajes famosos que por aquel entonces llegaron al monasterio, uno de ellos fue el poeta Venancio Fortunato. Radegunda, amante de la poesía, quiso que el laureado poeta la recitase algunos de sus más bellos poemas. Por aquellos días recibió Radegunda una reliquia insigne de la Santa Cruz y quiso solemnizar tan fausto acontecimiento. Llamó al esclarecido poeta y le habló así:

— Padre mío, ya que el cielo os ha dado esas bellas cualidades para sentir y expresar la belleza en verso, os ruego compongáis un himno para cantarlo mientras llevamos en procesión la reliquia de la Santa Cruz.

Venancio Fortunato accedió a la petición y al

poco tiempo entregó a Radegunda el hermoso himno que comienza «Vexilla regis prodeunt», que la Iglesia canta en su liturgia del Viernes Santo.

El año 587 murió Radegunda. Entre los que asistieron al sepelio uno de ellos fue el dulce obispo de Tours, San Gregorio. He aquí como nos ha transmitido la impresión que en él produjo tan triste escena:

«Cuando entré en la alcoba, donde hacía dos días había muerto Radegunda, la encontré echada en el féretro y su rostro brillaba con una belleza que a su lado eran sombra la de los lirios y la de las rosas. Doscientas religiosas rodeaban el glorioso féretro. Cuando pasamos bajo los muros del monasterio, camino del cementerio, las religiosas despedían a su reina desde las ventanas de las torres y desde las almenas. Al volver al monasterio la abadesa me condujo por todos los lugares que había frecuentado la bienaventurada en sus lecturas y oraciones. Y me decía:

— Entramos en su celda, pero ella ya no está allí. Este lugar en que ella se arrodillaba para implorar con lágrimas las misericordias de Dios, pero nuestras miradas ya no encuentran su rostro amado. En este libro nos hacía lectura, pero nuestros oídos ya no escuchan sus palabras empapadas en sabiduría divina. Esta es la rueca que manejaba entre ayunos y lágrimas abundantes, pero ya no vemos sus dedos santificados. Al pronunciar estas palabras el llanto brotaba de nuevo y volvían a em-

pezar los gemidos. Yo mismo, conmovido hasta lo más hondo del alma, lloraba como un niño. Tan viva era mi tristeza que aún seguiría llorando si no supiese que, aunque arrebatada corporalmente, la santa permanece allí por su virtud y que no abandonó este mundo sino para reinar en el paraíso».

(P. Urbel. Año Cristiano).

SANTA MATILDE

(968)

En los alrededores del monasterio de Heriford óyese galopar de caballos y extraño griterío. Las religiosas allí recogidas creyeron que se trataba de maniobras militares o de alguna excursión, pero cuál no sería su asombro al ver, sobre las losas de la iglesia conventual, a unos hombres armados hasta los dientes, postrados de rodillas y rezando con voz suave y pausada. La escena se repitió varios días más y las religiosas pensaron en algo raro y misterioso.

El que venía al frente de aquel grupo de guerreros era Enrique, duque de Sajonia, y el fin que se proponía era sacar del monasterio a la duquesa Matilde, famosa por su hermosura y su bondad.

Era aún muy niña la duquesa cuando su abuela la llevó al monasterio para que allí aprendiese, junto con la educación religiosa, todo cuanto necesitaba saber una joven de su categoría.

En un principio la joven duquesa extrañó la

soledad del monasterio, pero no tardó en aficionarse de tal manera a él que decidió quedarse para siempre en compañía de su abuela. Era muy querida de todas las religiosas, pues a su natural bondadoso y caritativo, unía grandes cualidades para bordar y para otros quehaceres del convento.

El día que la abuela de Matilde la comunicó que el duque de Sajonia se había fijado en ella para hacerla su esposa, la joven duquesa lloró amargamente. Sólo cuando la autoridad de su abuela la obligó a que aceptase aquel sacrificio por ser manifiestamente voluntad de Dios, Matilde accedió, no sin gran repugnancia.

La boda se celebró de allí a poco y fue un auténtico acontecimiento. Obispos, clérigos, caballeros y damas de calidad acudieron a la boda. Las fiestas duraron varios días y una de las preocupaciones de la duquesa fue el que se diese una gran comida a todos los pobres de la localidad.

Una vez terminadas las fiestas nupciales, Matilde se retiró y se propuso por todos los medios hacer feliz a su esposo. Matilde era discreta, piadosa, cariñosa, amante de su marido, pero, sobre todo, era muy caritativa para con los pobres. Los alrededores del castillo se veían todos los días materialmente rodeados de una multitud de necesitados que acudían en masa atraídos por la generosidad de la joven duquesa.

El año 918 murió Conrado I, emperador de Alemania, y fue proclamado sucesor el duque de Sa-

jonía. De este modo Matilde pasó de duquesa a emperatriz.

El nuevo título no sirvió para ensoberbecerla, sino para hacerla más caritativa. Gastaba grandes sumas en socorrer a los pobres y cuando no podía otra cosa, les consolaba con palabras de caridad. El estar con los pobres era su principal ocupación y cuando se la quería ver, no había que buscarla ni en los salones, ni en las reuniones de sociedad, sino en medio de sus pobres.

* * *

Matilde fue madre de cinco hijos. Su caridad para con los necesitados no fue jamás obstáculo para el cumplimiento de sus deberes de madre y de esposa. Con abnegación ejemplar cumplió con ambos deberes y se la vio siempre entregada a ellos con la mayor alegría y generosidad.

Una de las principales ocupaciones de su deber de madre fue la educación esmerada de su hijo mayor, Otón. Le enseñó los deberes y virtudes profundamente cristianos, y le preparó para ser más tarde sucesor de su padre en el imperio.

El día de la muerte de su esposo Enrique, con una fortaleza increíble, condujo a su hijo ante el cadáver de su padre y le hizo esta valiente recomendación.

— Mira, hijo mío, en qué vienen a parar las grandezas y los honores de este mundo. Vas a heredar el imperio de tu padre, pero piensa que tam-

bién un día tendrás que dejarle, como hoy lo deja él, para descender a los horrores del sepulcro. Esto quiere decir que debes gobernar como si al día siguiente tuvieras que dejar de hacerlo.

El joven príncipe escuchó silencioso las palabras de su piadosa madre y nunca se olvidó de tan conmovedora escena.

* * *

Después de la coronación de Otón, Matilde se consagró con más interés a su obra favorita: el ejercicio de la caridad con los pobres. Pero lo que nunca pudo sospechar es que esto precisamente fuese la causa de uno de sus mayores sufrimientos.

El joven emperador, falto de experiencia y de años, no tardó en ser envuelto por algunos ambiciosos que llegaron incluso a indisponerle con su propia madre. Le echaron en cara los grandes gastos que la emperatriz hacía bien en limosnas, bien en edificar y restaurar iglesias y monasterios. De tal manera le pintaron las cosas, que el joven emperador llegó a convencerse de que su madre por aquel camino llevaba el imperio a la ruina.

Cierto día la llamó y, haciéndose gran violencia, pues la amaba muchísimo, la dijo así:

— Madre mía, estoy enterado de que las limosnas que das a los pobres y el dinero que inviertes en edificar y restaurar monasterios y templos, son cuantiosos. Has de saber que la caridad nunca de-

be ir contra la justicia. Por tanto desde hoy, no sólo quedan reducidos esos gastos, sino que darás cuenta de ellos.

Nunca pensó Matilde que pudiesen salir semejantes palabras de los labios de su hijo. No obstante, sin perder la serenidad, le contestó:

— Hijo mío, sé que no eres tú, sino tus enemigos, los que han inventado esta patraña. Yo nunca he gastado nada del erario público ni para mis pobres, ni para las demás obras de caridad que he hecho, pues el dinero que he empleado lo recibí como dote de tu difunto padre; no obstante, ya que así es tu voluntad, obedeceré.

Otón sintió vivamente la contrariedad causada a su madre, pero por contentar a los nobles, siguió el camino comenzado y desde aquel día Matilde no volvió a disponer por sí misma ni de la más mínima cantidad de dinero.

Pero la envidia, que no se sacia con nada y se hace más intransigente cuantos más triunfos consigue, se cebó en la santa emperatriz de una manera cruel. Un día Matilde se vió sorprendida por una orden del emperador, en la que se la ordenaba trasladarse inmediatamente al castillo de Engern. Matilde sufrió pacientemente aquel terrible atropello, y esta vez, antes que quejarse a su hijo, al cual veía completamente dominado por sus enemigos, optó por el silencio. Rodeada de soldados, como si fuera uno de los mayores enemigos del Estado, fue trasladada al solitario castillo de Engern.

Allí permaneció algún tiempo, empleada en actos de piedad y rogando por sus hijos. Un día Otón y su hermano Enrique cayeron enfermos de gravedad. Inmediatamente pensaron que el Señor les mandaba aquella enfermedad en castigo del trato que daban a su madre. Otón mandó emisarios al castillo de Engern a fin de suplicar en su nombre a la emperatriz que regresase cuanto antes. Matilde, que ante todo era madre y cristiana, olvidando las humillaciones pasadas, regresó contenta al lado de sus hijos para no volver a separarse de ellos.

Los últimos años de la vida de Matilde fueron entristecidos por los acontecimientos políticos. El poder civil y el eclesiástico de tal modo llegaron a mezclarse en la persona de los Papas aquel tiempo, que los jefes de la Iglesia más parecían príncipes terrenos, siempre prontos a defender sus Estados, que jefes espirituales de la sociedad fundada por Jesucristo para salvar las almas.

Tal fue el caso del Papa Juan XII, aliado con Otón, en contra de Berenguer. El Papa, en premio al favor recibido de Otón, le coronó emperador en la fiesta de la Candelaria del año 962. Estas buenas relaciones entre el emperador y el Papa duraron poco tiempo. El ligero Pontífice se alió con los enemigos de Otón el cual entró en Roma resuelto a dar una lección al Pontífice. Convocó un Concilio en San Pedro y depuso a su enemigo haciendo elegir en su lugar a León VIII.

La piadosa emperatriz lamentaba estos desagra-

dables episodios y trató de mil modos arreglarlos, pero su voz no fue escuchada.

El Sábado Santo del año 968 se sintió gravemente enferma. Mandó venir a sus hijos al pie de su lecho y les recomendó insistentemente la caridad y el respeto a la Iglesia Católica y a sus representantes. Pocos momentos después, murió dulcemente.

SANTA ADELAIDA

(999)

Italia era por aquel entonces un hervidero de discordias. El poder temporal de la Iglesia y el Imperio estaban empeñados en una vergonzosa lucha. A la muerte de Lotario, Italia pasó a manos de Berenguer de Ivrea, que trató de conseguir para su hijo Adalberto la mano de la joven Adelaida, con el fin de aumentar su poder. La negativa de Adelaida fue enérgica y Berenguer, irritado por la repulsa, mandó encerrarla en un castillo dejándola por única compañía a su fiel sirvienta Igunda.

No se acobardó Adelaida por esta prueba y a pesar de las grandes privaciones que supuso para ella aquel encierro, conservó siempre una gran alegría.

— ¿Cómo es posible, señora — la preguntó un día Igunda — que en medio de tantas privaciones conservéis la paz y la alegría?

— ¿Y qué conseguiría — repuso Adelaida — con

perder la paz? Cuando siento que mis fuerzas se debilitan dirijo una mirada a Cristo Crucificado y el recuerdo de sus dolores me da valor para soportar los míos.

— ¡Pero son tantos y tan grandes los que padecéis!... En poco tiempo habéis perdido esposo, reino, riquezas y honores...

— Pero el alma es de Dios, Igunda, y ésta ningún poder humano puede arrebatárnosla.

En este diálogo estaban señora y criada, cuando sonaron fuertes golpes en la puerta de la prisión.

— ¿Quién llamará a estas horas con tanta prisa? — preguntó Adelaida un tanto preocupada.

— Será tal vez algún emisario del rey — contestó Igunda — que viene a proponeros renunciéis a la corona de Italia. Berenguer es hombre ambicioso y como no ha logrado su intento de casaros con su hijo, intentará vengarse como pueda. Traidoramente arrebató la corona a vuestro esposo y traidoramente querrá ahora quitaros el derecho de ser reina de Italia.

Los golpes seguían insistentemente y Adelaida no tuvo más remedio que entreabrir la puerta para saber lo que quería el impaciente visitante.

El que llamaba era un caballero de larga melena y cinturón de plata.

— ¿Qué misión os trae aquí a estas horas y por qué llamáis con tanta prisa?

— Soy un enviado del rey y vengo a deciros de

su parte que es necesario renunciéis cuanto antes al reino de Italia.

Adelaida miró un momento al emisario, como para dar tiempo a su respuesta e inmediatamente, sin inmutarse, le dijo con energía:

— Id y decid a vuestro rey que yo jamás renunciaré a mi derecho de ser reina.

El caballero se retiró y Adelaida cerró la puerta.

Pasaron algunos días. Berenguer volvió a mandar emisarios a la prisión con idéntico propósito, pero todos recibieron de la joven reina la misma repulsa. Un día Berenguer recibió, cuando menos lo esperaba, una grata sorpresa. Vila, su mujer, se ofreció a tratar personalmente con Adelaida el asunto de la abdicación. Lo que no habían conseguido las visitas diplomáticas, tal vez lo conseguiría la astucia femenina.

— ¿Estás segura de conseguir tu propósito? — preguntó Berenguer con mal disimulada alegría.

— Otras cosas más difíciles he logrado — dijo Vila orgullosamente.

— ¿Necesitas quien te acompañe para mayor seguridad? — preguntó Berenguer.

— No, no quiero a nadie — contestó ella —, me basta mi corazón de mujer.

* * *

Al día siguiente, muy de mañana, se oyeron gritos y vivas al rey Berenguer. Todos creyeron que Adelaida había cedido. Cuando los gritos eran más

ensordecedores, llegó Vila al castillo prisión. Uno de los que acompañaban a Vila gritó, mientras daba fuertes golpes en la puerta: «Abrid a la esposa del rey».

Chirriaron los cerrojos, se abrió la puerta y las dos mujeres se encontraron frente a frente.

— ¿Qué queréis de mí, señora? — preguntó Adelaida sin perder la serenidad.

— Vengo a traeros vuestra libertad — dijo Vila.

— ¿Habéis señalado ya el precio de mi rescate? — volvió a preguntar Adelaida.

— Vuestra libertad no es a cambio de dinero, sino de comprensión. Mi esposo os estima en lo que merecéis y por mi medio os envía estos vestidos y estas alhajas, que son dignos de una reina. No quiere que permanezcáis por más tiempo en esta inmundia prisión y os ofrece un puesto honorífico en su palacio...

— ¿Y qué pide de mí el rey a cambio de tanta generosidad?

— Una cosa solamente; que renunciéis al derecho de ser reina de Italia.

— Señora — dijo entonces Adelaida con solemnidad — devolved al rey sus regalos y decidle que la esposa del rey Lotario — que en santa gloria haya — es y seguirá siendo reina de Italia.

Vila se retiró disgustada y en su corazón de mujer prometió vengarse de Adelaida.

Pasaron días y meses. Adelaida siguió prisionera en el castillo. Sólo una cosa bastaba para terminar aquella vida de privaciones: renunciar al derecho de ser reina; pero esto no lo podía hacer sin traicionar a su esposo difunto y a su misma conciencia.

Pared por medio vivía el capellán de la prisión. Adelaida le veía con frecuencia y pasaba con él grandes ratos hablando de cosas espirituales. El virtuoso sacerdote conocía la inocencia de Adelaida y pensó libertarla de alguna manera.

Una noche sonaron unos golpes en la pared.

Adelaida se asomó a la ventana y preguntó en voz baja:

— ¿Desea algo, padre?

— Sí, majestad — contestó el capellán —. Si lográis llegar hasta mi habitación sin que nadie os vea, seréis libre.

Adelaida creyó que aquello era un sueño, pero ante la insistencia del capellán se dispuso a poner en práctica la peligrosa aventura.

La noche era tranquila. La luna iluminaba el bosque donde se elevaba el castillo. La fuga no obstante tenía un gran obstáculo: atravesar el lago Garda. ¿Cómo vencería tamaña dificultad? Confian-do en que el capellán tendría muy bien estudiado el caso, llamó a Igunda, y la dijo sencillamente:

— Sal al pasillo y vete a la habitación del padre capellán. Si alguno de los vigilantes te pregunta

qué quieres, le contestas que la reina quiere hacer confesión general de sus culpas.

Igunda salió dispuesta a cumplir fielmente el mandato de su señora.

Al verla en el pasillo el soldado de guardia se acercó a ella y la preguntó:

— ¿Qué se os ofrece y qué buscáis a estas horas?

— Busco al padre capellán — contestó Igunda — pues mi señora está inquieta y quiere hacer confesión general de sus pecados.

— Mañana cuando sea de día — repuso el soldado secamente.

— ¿Y por qué no hemos de darla este gusto ahora mismo? — repuso Igunda.

El soldado quedó pensativo y al mismo tiempo Igunda puso en sus manos una preciosa alhaja.

— Tomad esto de parte de mi señor y no hablemos más.

Pocos momentos después Adelaida, apoyada en el hombro de su fiel sirvienta, se dirigía a la habitación del capellán que la esperaba impaciente.

— Mirad, señora — dijo el sacerdote — la soga que he preparado con mis vestidos rasgados para descender al foso del castillo. La primera que debe hacerlo es vuestra criada, después vos y últimamente bajaré yo.

Adelaida no acababa de salir de su asombro.

— ¿Cómo se os ha ocurrido todo esto, padre mío?

— El deseo de veros libre de esta injusticia que

se está haciendo con vos, me ha obligado a realizar tan peligrosa aventura.

El arriesgado descenso al foso se hizo según los planes previstos. Al descender el capellán indicó a Adelaida unos matorrales donde debía permanecer escondida con su criada hasta nueva orden. El capellán se despidió y desapareció entre la espesura del bosque. Poco después de amanecer, las dos mujeres sintieron el galopar de algunos caballos. Eran los enviados de Berenguer que corrían en persecución de Adelaida. Las dos mujeres contuvieron la respiración. Una vez alejado el peligro y creyéndose más seguras, se dispusieron a tomar algunas viandas que habían sacado al huir. Pero lo que las preocupaba grandemente era el paradero del capellán. ¿Le habrían descubierto? Y si esto fuera verdad, ¿qué iban a hacer ellas solas en aquella espesura?

Llegada la noche vieron una pequeña lancha que atravesaba el lago en dirección a donde ellas estaban. Eran unos enviados del capellán que traían la misión de trasladar a tierra firme a las dos mujeres. Subieron a la barca y los remeros emprendieron el camino de regreso. La luna era clara y el lago parecía un inmenso espejo iluminado. Al llegar a la orilla opuesta sintieron la voz del capellán que gritó con todas sus fuerzas:

— Majestad, estamos a salvo.

El capellán pagó largamente a los barqueros sus servicios y después, dirigiéndose a Adelaida, la dijo:

— Señora, aquí tenéis dos caballos para proseguir nuestro viaje. En uno iréis vos con vuestra criada, en el otro irá este vuestro humilde servidor.

Al amanecer Adelaida y sus acompañantes llegaron al histórico castillo de Canosa.

* * *

Enterado Berenguer del paradero de Adelaida juró vengarse y, reclutando un gran ejército se dirigió al castillo. Varios días duró el terrible asedio. Adelaida creyó que volvería a ser de nuevo prisionera de Berenguer, pero Dios, que velaba por ella, dispuso las cosas de otro modo. El día que Berenguer creyó tener en sus manos la ansiada rendición, apareció por los Alpes un gran ejército al mando de Otón el Grande. La fama de las victorias del general germano preocupó a Berenguer. Antes de ser víctima de los soldados de Otón, optó por darse a la fuga.

No tardó en saber el conquistador germano que en el famoso castillo estaba la heredera del trono de Italia. Se dirigió a visitarla y la ofreció su incondicional ayuda. Adelaida agradeció la oferta y esperó a que los acontecimientos dijese la última palabra. La entrevista de Otón con Adelaida no tardó en producir sus resultados. A los pocos días Otón mandó una embajada pidiendo la mano de la joven reina. Adelaida, accedió gustosa y mandó decir a Otón.

— Señor, sé que no merezco tan alta distinción,

pero estoy dispuesta a obedeceros por la paz de Italia.

El día 3 de febrero, fiesta de la Candelaria, se dirigieron ambos esposos a la Ciudad Eterna. El Papa Juan XII los recibió con grandes pruebas de cariño y con toda solemnidad puso la diadema imperial sobre las sienes de Otón el Grande.

SANTA CUNEGUNDA

(1240)

Sigfredo y Eduvigis, condes de Luxemburgo, nunca pudieron pensar que su hija llegaría a ser esposa de un emperador, y menos sabiendo que había hecho voto de virginidad. Pero lo que a los hombres pareció un imposible no lo fue para Dios.

Cunegunda nació en tiempos azarosos para la Iglesia de Cristo. Tiempos de libertinaje, de nepotismos, de placeres... Aún en el palacio del emperador de Alemania, Enrique II, apellidado el Santo por sus grandes virtudes, la intriga y la ambición de los nobles y de los clérigos era una inmundicia lacra.

En el salón del trono un grupo de nobles. En sus miradas se adivina la insidia y la ambición.

— ¿Qué noticias traéis que puedan interesarme? — preguntó el emperador.

— Señor — dijo uno de los más osados —, la gran noticia es que la paz reina en todo vuestro imperio. Las naciones vecinas os miran con envi-

dia y podéis estar orgulloso de vuestros súbditos. Pero hay algo que quisiéramos decir a vuestra majestad... Es ley de vida, señor, que ni los emperadores ni los vasallos son eternos, o lo que es lo mismo, vos podéis morir cualquier día y sería muy triste que al no tener sucesor en la familia, pasase vuestro reino a manos extrañas.

Enrique miró fijamente al caballero y le preguntó:

— ¿Es que deseáis que contraiga matrimonio?

— Eso queríamos decir, majestad.

— Pues sabed, caballeros, que he consagrado a Dios mi cuerpo.

— Los votos de los emperadores deben estar sometidos a las leyes del Estado — insinuó suavemente el caballero —. La Santa Iglesia, por medio de sus ministros, dispensará a vuestra majestad de ese voto que habéis hecho...

— Si la Santa Madre Iglesia cree oportuna la dispensa, estoy resuelto a obedecer.

Los caballeros salieron satisfechos de la presencia del emperador. Ellos harían lo posible por conseguir la dispensa del obispo de Maguncia y ellos también elegirían la princesa más conforme con las ideas del emperador.

Fueron, pues, al palacio del obispo, le expusieron el caso, y el obispo prometió hablar con el emperador sobre el asunto de su matrimonio.

El día que llegó el obispo fue de auténtica satisfacción, sobre todo para los nobles. Celebraron la

llegada con fiestas y torneos y esperaron impacientes el resultado de la visita.

El obispo se presentó ante el emperador con toda la delicadeza que su alto cargo le pedía, pero al mismo tiempo con la suficiente energía para poder convencerle.

— Majestad — le dijo —. Me he enterado por algunos nobles, que tenéis hecho voto de castidad y esto, si bien hablándolo en general es muy agradable a Dios, no lo puede ser de vuestra majestad que tenéis que mirar por el bien de vuestros súbditos. Sé que os costará renunciar a ese voto, pero yo, en virtud de la potestad divina que tengo, puedo dispensaros de él.

El emperador que había escuchado respetuosamente al señor obispo, se levantó de su trono y dijo al prelado :

— Pues vos, señor obispo, creéis que debo contraer matrimonio, os obedeceré por amor de mi pueblo.

— ¿Y ya habéis pensado en la mujer que habéis de elegir para esposa? — preguntó el obispo.

— La mujer que yo tome para esposa ha de ser modelo de virtudes.

— Pues entonces, señor, nadie mejor que la hija de los condes de Luxemburgo.

El obispo salió del palacio del emperador satisfecho de su visita. La sucesión en el imperio estaba en principio asegurada. Los nobles felicitaron efusivamente al prelado y se sintieron tranquilos.

Mientras tanto en el palacio de los condes de Luxemburgo Cunegunda no cesaba de llorar. Muertos sus padres, los tutores insistieron en que aceptase la mano del emperador. La joven duquesa, accedió al fin, confiando que el Señor la ayudaría a cumplir, aún en el matrimonio, su voto de virginidad.

La boda se celebró como convenía a tan ilustres contrayentes. Los caballeros sonreían satisfechos; las damas y princesas miraban con envidia la nueva emperatriz y todos los invitados se alegraban de que el emperador hubiera elegido para esposa a una mujer bella.

Al llegar la noche cesaron las músicas y las diversiones. En la alcoba imperial dos lechos cubiertos de brocado. Sobre un mesa de bronce una lámpara del mismo metal. Sobre los lechos la imagen de un hermoso Crucifijo de oro. Enrique, señalando la devota imagen, dijo a su joven esposa:

— Esposa mía, quiero, en esta primera noche de nuestro matrimonio, manifestarte un gran secreto, que estoy seguro desconoces. Me he casado contigo por cumplir un deber para con mi pueblo, pero has de saber que tengo hecho voto a Dios de continencia perfecta.

Cunegunda al oír aquellas palabras lanzó un profundo suspiro.

— ¿Te horroriza mi confesión? — preguntó Enrique tembloroso.

— No, esposo mío — contestó Cunegunda con los ojos radiantes de alegría —. Tus palabras han sonado en mis oídos como la más delicada melodía. Yo también, esposo mío, tengo hecho voto de virginidad perpetua. Por acallar los deseos de mis tutores, pero sin perder la confianza en el Señor, acepté el unirme contigo en matrimonio, pero mi gozo es indescriptible al ver que Dios ha velado por nosotros.

— Confío, esposa mía, dijo Enrique, que ese mismo Señor nos dará fuerza para poder cumplir lo que le hemos prometido.

Enrique cogió de la mano a su esposa y la acompañó al lecho reservado para ella. Antes de separarse la dijo emocionado:

— Ahora sí que puedo llamarte de verdad esposa mía. El Señor está con nosotros. Jurémosle permanecer fieles a nuestra promesa. Por lo que a mí toca te prometo honrarte como a la más perfecta esposa.

* * *

Nadie pudo sospechar tan delicada escena. En el palacio imperial siguieron pasando los días en las ocupaciones de siempre. El emperador entregado a los negocios de Estado, Cunegunda ejercitando la caridad, su ocupación favorita.

Pero aquella felicidad no tardó en oscurecerse por el nubarrón de la guerra. Enrique tuvo que em-

puñar las armas para defender sus dominios. La despedida de ambos esposos fue dolorosísima. Cunegunda se vistió las tocas de viuda y esperó la vuelta de su adorado esposo.

Pasaron algunos meses. La guerra no terminaba y Cunegunda intensificaba sus oraciones y penitencias pidiendo a Dios por su esposo. Mientras ella rogaba de esta manera, en palacio algunos nobles descontentos tramaban contra la virtuosa emperatriz la más infame de las calumnias. Nada menos que la acusaban de infidelidad. Cuando se recibió la noticia del fin de la guerra, los astutos nobles creyeron ver la mejor ocasión para conseguir sus malvados propósitos. Salieron los primeros al encuentro del emperador y, con palabras aduladoras, le dieron la más cordial bienvenida y le felicitaron por el feliz éxito de la campaña :

— ¿Cómo está mi esposa? — preguntó inmediatamente Enrique.

— Majestad, vuestra esposa está bien de salud, pero ya no es la misma que dejasteis al marchar...

— ¿Qué queréis decir con eso? — interrumpió Enrique.

— Que vuestra esposa os ha sido infiel. No os extrañe, señor. La larga ausencia de vuestra majestad, la vida cortesana, la juventud de vuestra esposa... Una debilidad, ¿quién no la tiene?

— ¿Mi esposa infiel? — gritó Enrique descompuesto —. No lo creo.

— Señor, también nosotros nos negamos en un

principio a creerlo, pero ante los hechos. Hemos querido decíroslo antes que entraseis en Bamberg para evitar un disgusto...

* * *

La entrada del emperador fue apoteósica. Las banderas de la victoria flotaban alegremente a todos los vientos. Todos cantaban y gritaban llenos de entusiasmo, todos estaban contentos, menos el emperador.

Al llegar Enrique a la puerta de palacio Cunegunda se arrojó sobre él con los ojos arrasados en lágrimas... Enrique la miró despectivamente y no pronunció ni una sola palabra... Cunegunda, extrañada de aquella frialdad, se atrevió a preguntar a su esposo:

— ¿Qué os pasa, señor y esposo mío, que no me habláis en un momento tan feliz para los dos?

— No soy yo quien debe decirlo, sino vos — contestó Enrique con voz severa —. Tu conciencia es la única que puede decir la verdad.

— Mi conciencia está tranquila — repuso Cunegunda, sin acertar a explicarse aquella rara contestación.

Enrique penetró en palacio, se retiró a una de sus habitaciones y su esposa con él.

— ¿Qué has hecho durante mi ausencia? — la preguntó Enrique sin levantar los ojos del suelo.

— ¿Qué he de hacer?, rogar por ti al Señor pa-

ra que volvieras pronto; y soy feliz porque, al fin, ha oído mis ruegos.

— ¿Qué más has hecho?

— Las horas que no he dedicado a la oración las he gastado en atender a nuestros hermanos los pobres.

— ¿Y nada más?

— Nada más, esposo mío... ¿Te han dicho algo malo de mí? Dímelo todo, Enrique, pues no puedo ver que sufras por mí.

— La prueba es dura, pero el Señor que me la ha dado sabrá por qué...

— Te ruego, esposo mío, me digas cuanto antes lo que es.

Enrique levantó los ojos del suelo, los clavó fijamente en los de su esposa como queriendo leer en ellos la verdad de lo sucedido, y dijo tristemente:

— Me han dicho que me eres infiel.

Cunegunda, al oír estas palabras, bajó los ojos avergonzada y comenzó a llorar. Enrique no supo qué pensar de aquellas lágrimas. Por una parte le parecieron lágrimas de rabia, por otra lágrimas de vergüenza. Pasaron unos instantes. Enrique rompió aquel silencio de muerte.

— ¿Qué dices a esto?

— El Señor del cielo y de la tierra que todo lo sabe — repuso Cunegunda —, espero probará mi inocencia. Como la casta Susana espero verme libre del falso testimonio que contra mí se ha levantado. Sólo te pido, esposo mío, que reúnas en este

palacio a los cortesanos, caballeros y clérigos para que sea sometida a juicio mi vida.

La asamblea se reunió como Cunegunda deseaba. Todos acudieron rápidamente. Entre los que asistieron al llamamiento del emperador estaban también los detractores. Sobre un estrado uno de los secretarios de palacio se levantó y leyó:

«Su majestad el emperador, nuestro señor, ha invitado a todos los presentes para dictaminar sobre un asunto que le interesa a él sobremanera. A sus oídos ha llegado la noticia de que su esposa la emperatriz, desoyendo la voz de su conciencia, le ha sido infiel aprovechando la ausencia del emperador en la campaña que acaba de terminar tan felizmente, y el emperador nuestro señor, desea saber vuestra opinión en tan delicado asunto».

Un silencio de muerte reinó en el salón. Todos se miraron unos a otros sin saber qué hacer. Los calumniadores bajaron los ojos avergonzados. Cunegunda, viendo que nadie se atrevía a romper aquel silencio, se adelantó al centro del salón y dijo así a los asombrados concurrentes:

— Ya que nadie se levanta a hablar lo haré yo. El cielo es testigo de que no he cometido jamás el crimen de que se me acusa. Pero para que los enemigos de mi esposo y míos, queden confundidos ante esta numerosa asamblea, traed doce rejas de arado candentes y sobre ellas caminaré con los pies desnudos. Espero que Dios me ha de ayudar en esta prueba.

Todos guardaron silencio y, acto seguido, se organizó la procesión camino de la iglesia. Delante de todos iban los obispos y los clérigos, resplandecientes de oro y seda. Seguían los caballeros cubiertos con capas de armiño y en la cintura las espadas enfundadas. Detrás escuderos y pajes, y, cerrando la comitiva, el emperador y su esposa, el rostro radiante y llena de esperanza. Llegados al atrio de la iglesia los obispos y clérigos se revistieron de los ornamentos sagrados y esperaron el juicio de Dios. Cunegunda se acercó a las rejas hechas fuego y, en medio de un silencio impresionante, sueltos los hermosos cabellos, las manos cruzadas ante el pecho y los ojos fijos en el cielo, comenzó a andar sobre las rejas candentes mientras decía con singular fervor: «Oh Señor y Dios mío, apiadaos de vuestra humilde sierva».

Cuando Cunegunda terminó su impresionante prueba todos los asistentes estaban llorando puestos de rodillas.

Enrique, sin poder contener la emoción, se acercó a su esposa y le dijo entre sollozos:

— Esposa mía, confieso que he sido un insensato dando crédito a tus calumniadores. Quede mi lengua pegada a mi paladar si hasta el fin de mi vida no trabajaré por reparar dignamente la injuria que te he hecho. En cuanto a los calumniadores yo sabré hacer caer sobre ellos todo el peso de la justicia.

— Esposo mío — repuso Cunegunda —, todo

esto lo ha permitido el Señor para que nos amemos más durante los años que nos resten de vida.

* * *

En la ciudad de Roma seguía el Papado en manos de nepotismos egoístas. Los dos aspirantes a la tiara pontificia se dirigieron a Enrique como protector. El emperador se inclinó a Benedicto VIII, el cual, en señal de agradecimiento, coronó a Enrique y a su esposa Cunegunda con la corona imperial. Los virtudes de los dos esposos llamaron la atención en la corte pontificia. El Papa los recibió con cariño y les encomendó la propagación de la Iglesia de Cristo por su dilatado imperio. Los santos esposos cumplieron a la letra la recomendación del Papa y, vueltos a Alemania, edificaron a expensas suyas muchas iglesias y monasterios, sobresaliendo entre todas la catedral de Bamberg, que el mismo Benedicto VIII consagró.

* * *

Era el año 1024. En el palacio imperial se supo la triste noticia. Enrique II, el Santo, acababa de expirar. Como buen cristiano recibió los auxilios espirituales de la Religión y, llamando a su esposa junto a su lecho dijo a todos los que asistían a aquella escena, bañada de ternura:

— Señores míos: Hace más de veinte años que que me encomendasteis esta virgen de Jesucristo y

vez que hoy la devuelvo virgen a este Divino Señor y a vosotros...

El santo emperador calló... Fue un momento de emoción inmensa. Cunegunda con los ojos arrasados en lágrimas, se acercó a su esposo, le besó, y de sus labios recibió con aquel beso el último suspiro. Las exequias fueron como convenían a un emperador. El lugar de su sepulcro fue la catedral de Bamberg, según había dejado dispuesto el mismo emperador en su testamento.

* * *

A las afueras de Bamberg mandó edificar Cunegunda un gran monasterio, dotándolo de toda suerte de ornamentos y vasos sagrados valiosísimos.

A los pocos años de su fundación la misma emperatriz pidió ser admitida en él en calidad de religiosa. A la solemne vestición de hábito asistieron obispos y príncipes, y después de la misa solemne el obispo oficiante cortó el cabello a la emperatriz y acto seguido ella misma se despojó de sus vestidos y adornos imperiales y se cubrió con una humilde túnica que ella había confeccionado. Quince años vivió encerrada en aquel monasterio entregada a los oficios más viles.

Un día Cunegunda se sintió morir. Las religiosas la ofrecieron para mortaja un riquísimo brocado, pero la emperatriz lo rechazó diciendo:

— Hermanas mías, ese paño no es para mí. Cuando me desposé con un rey de la tierra adorné

mi cuerpo con ricos atavíos, pero ahora que voy a desposarme con el Rey del cielo, me basta este pobre hábito que llevo. Sólo una gracia os pido: ser enterrada junto a mi difunto esposo.

Cunegunda cerró los labios para siempre. Su cuerpo quedó hermosísimo y su alma entró gloriosa en el cielo.

Y dice la historia que, cuando la santa emperatriz iba a ser colocada junto al cuerpo de su santo esposo, se oyó una voz misteriosa que dijo claramente:

— «Oh virgen, haz lugar a una virgen». Y añade la misma historia que el cuerpo del emperador muerto hacía catorce años, se retiró a un lado dejando espacio suficiente para poder colocar el féretro de su esposa.

SANTA MARGARITA DE ESCOCIA

(1093)

Aún no se habían borrado por completo las manchas de sangre derramadas por Macbeth el traidor; permanecía todavía fresco el recuerdo de Lady Macbeth la infame, la que se frotó las manos teñidas en sangre y cuyo olor no fueron capaz de ahogar todos los perfumes de Oriente. Las sombras de Duncán y Banquo aún seguían vagando por el castillo, testigo del horrible crimen, cuando Edgardo y Margarita salieron en una débil barquichuela camino de las hospitalarias tierras de Hungría. Una fuerte tempestad sin embargo trastornó sus planes, pues cuando se restableció la calma y amaneció el nuevo día descubrieron a lo lejos una rocas altas, envueltas en blancuras de espuma.

— ¿Qué tierra será esa? — preguntó Edgardo.

— Señor — contestó uno de los remeros —, parecen las costas de Norwich.

— No — añadió otro —, yo creo que son las costas de Flandes.

Pero al estar cerca de la playa reconocieron las costas de Escocia.

Apenas echaron pie a tierra enviaron al rey Malcolm III este corto mensaje: «Los sobrinos del santo rey Eduardo, Edgardo y Margarita, besan vuestras manos y se encomiendan a vuestra generosi-

Malcolm, al oír este mensaje, hizo venir a los ilustres náufragos a su palacio y les colmó de toda clase de atenciones.

Al hablar del santo rey Eduardo, Malcolm se enterneció. ¡Qué de recuerdos traía a su memoria el solo nombre de tan santo rey! Cuando la trágica muerte de Duncán I, su padre, Eduardo fue quien le recibió en su palacio y le entregó diez mil ingleses para que se vengase de Macbeth, el infame usurpador. Siguieron hablando Malcolm y sus ilustres huéspedes y al final les preguntó:

— ¿Cómo ha sido el venir aquí?

— La desgracia, señor, nos ha traído — contestó Edgardo —. Las humillaciones del usurpador eran insoportables, tanto mi hermana como yo estábamos fuertemente vigilados y expuestos siempre a la muerte. Nuestra madre y hermanas nos aconsejaron que era mejor la huída que reinar con infamia, y decidimos volver a tierra de Hungría donde tantos recuerdos gratos teníamos de nuestra infancia. Pero, como veis, la divina Providencia ha dispuesto las cosas de otra forma y aquí nos tenéis tanto mi hermana como yo dispuestos a hacer lo que queráis de nosotros.

Malcolm escuchó atentamente las palabras de Edgardo, pero al mismo tiempo se sintió prendido de la gran hermosura de la joven Margarita.

— Mucho me ha impresionado vuestro triste relato, hijos míos — dijo Malcolm con ternura —, y podéis estar seguros, tanto tu hermana como tú, de que haré por vosotros cuanto esté de mi parte. También sé yo de amarguras y destierro, por eso quizá nadie mejor que yo sepa compadeceros. Mi palacio es vuestro también. En él podéis hacer vuestra vida como en casa de vuestro ilustre padre y sabed que, mientras la Providencia no disponga otra cosa, podéis seguir en mi compañía.

Los dos hermanos agradecieron a Malcolm su gentileza y se despidieron de él afectuosamente.

Cierto día Edgardo tuvo con su hermana esta secreta confidencia:

— Querida hermana, creo que el cielo nos hizo arribar a estas costas de Escocia con algún fin especial.

— Todos los acontecimientos por insignificantes que parezcan tienen en la mente de Dios una finalidad — replicó Margarita.

— Te digo esto — añadió Edgardo —, porque me parece que el rey está enamorado de ti.

— ¿Te ha insinuado algo? — preguntó Margarita con los labios temblorosos y roja como la grana.

— No me ha dicho nada claramente, pero he visto en él detalles que sólo se explican en una per-

sona enamorada. ¿No has visto que no hace nada sin consultar contigo?

* * *

Malcolm era diestro en el manejo de la espada y en conducir ejércitos, pero no sabía ni leer, ni escribir. Margarita, en cambio, era ceremoniosa y avisada con los nobles y con las damas, sabía bordar y zurcir sin cansarse, y, con los sabios, gustaba de discutir sobre los temas más diversos con precisión y talento. Con las monjas rezaba y hablaba de vida espiritual, con los artistas planeaba grandiosos monasterios y hermosas catedrales. Malcolm sabía todo esto y pensó que nadie mejor que Margarita llenaría con creces sus deficiencias.

La noticia se corrió rápidamente. El rey de Escocia se casaba con la sobrina del santo rey Eduardo.

Los preparativos fueron dignos de tan grande y poderoso monarca.

Las campanas de la catedral anunciaron la solemne ceremonia. Abría la marcha del lujoso cortejo un caballero con el estandarte real; detrás de él iban seis trompeteros y algunos comendadores y caballeros en filas de dos en dos. Pajes, damas, señores, toda la flor y nata de la nobleza del reino de Escocia, y, cerrando aquella deslumbrante comitiva, Malcolm y Margarita. El rey seguido de dos escuderos llevando uno la lanza real y otro la espa-

da enfundada. A pocos pasos iba Margarita acompañada de algunas damas de calidad y de sus doncellas más íntimas. Vestía de púrpura y los adornos y alhajas eran incontables. Pero lo que más llamaba la atención de todos era su mirar dulce y su modestia extraordinaria.

Ante el altar mayor el señor obispo, con los atributos pontificales, bendijo a los nuevos esposos. Malcolm entregó a Margarita el anillo de oro y la pulsera de brillantes y el prelado les dio la bendición. Así pasó Margarita a ser reina de Escocia.

* * *

Mientras Malcolm trazaba planes guerreros, Margarita seguía su vida sencilla de sacrificio. Cierta día llamó al capellán de palacio y le hizo esta confidencia:

— Padre, estamos en el santo tiempo de Cuaresma y quisiera me diese permiso para hacer algunas penitencias...

— ¿Qué penitencias son esas, majestad? — preguntó el sacerdote un tanto preocupado, pues conocía muy bien el espíritu de la reina.

Margarita entregó al capellán un escrito en el que se leía:

«Me levantaré a media noche a rezar el Oficio de la Santísima Trinidad y el de la Santa Cruz; a continuación, el de la Santísima Virgen y el de Difuntos, y, para terminar, todo el Salterio. Al acabar

estos rezos me acostaré. A media mañana cuidaré a los nueve niños pobres que tengo en palacio y después dedicaré un rato largo a enseñarles la doctrina cristiana y el tiempo que me reste lo emplearé en trabajar para los pobres».

El capellán dobló el pergamino y se lo entregó a la reina.

— Majestad, me parece muy bien.

Margarita se quedó mirando fijamente al sacerdote, deseosa de decirle algo más. Así lo comprendió éste y se ofreció a atender a la reina en todo lo que ella le mandase.

— ¿No me concederéis algunos minutos para platicar con vos acerca del negocio de mi alma durante esas horas perdidas, tan frecuentes en los palacios de los reyes?

El capellán accedió gustoso y desde aquel día la vida de piedad de Margarita tuvo una nueva modalidad.

* * *

Pero la principal ocupación de la reina era la formación de su esposo. Malcolm, a pesar de su rusticidad, era en el fondo un niño candoroso y delicado, que sólo se preocupaba de ser atento para con su esposa a la que quería con toda su alma. Una de sus mayores satisfacciones era poder complacer a Margarita en todos sus gustos y aficiones. Sabía que la gustaban mucho los libros y un día la dijo muy gozoso:

— ¡Cuánto me gustaría saber cuál es tu libro preferido!...

— Fácil es saberlo — contestó Margarita —. El Santo Evangelio.

A los pocos días, sobre el reclinatorio de la reina, apareció el Sagrado Texto escrito y miniado primorosamente. Margarita agradeció como se merecía aquel regalo.

Malcolm profesaba a su esposa una especie de adoración. Cogía los libros que usaba Margarita, los besaba efusivamente, los estrechaba contra su corazón y, cuando tenía que emprender un viaje, por corto que fuese, siempre llevaba consigo alguno de ellos.

Eran felices amándose y Margarita aprovechaba aquel amor para hacer de su esposo un verdadero cristiano.

* * *

Pero la desgracia no tardó en venir a ensombrecer aquel idilio. Malcolm, que no podía tener ningún secreto para su santa esposa, la dijo un día con el rostro demudado y los labios temblorosos:

— Margarita, el castigo de la guerra ha vuelto a caer sobre nuestro reino.

— ¿Y quién es el que se atreve a turbar la paz de nuestra hermosa Patria?

— Guillermo el Rojo que acaba de lanzar sus tropas contra el castillo de Alurwik.

— Yo te seguiré donde vayas.

— No, tú no irás al campo de batalla. Haces mucha falta aquí. Los pobres y los desvalidos te necesitan.

Al día siguiente Margarita se despidió de su esposo. Se abrazaron largamente y al verle desaparecer Margarita tuvo el presentimiento de que aquella era la última vez que le veía.

* * *

Mientras el rey luchaba la reina se ejercitaba en obras de caridad y en rogar por él.

Un día llamó al capellán para confiarle un secreto.

— Padre mío — dijo Margarita —. Creo que voy a morir muy pronto. Creo que mi corazón no es capaz de soportar por más tiempo esta prueba.

— Señora — dijo el capellán —, recordad ahora vuestra frase favorita: ¿Qué es nuestra vida sino un poco de humo que el viento lleva?

— Tenéis razón, padre. Mil veces la he meditado, pero ahora me parece más luminosa que nunca. Si he de deciros la verdad siento que el humo de mi vida está a punto de desvanecerse para siempre. Quisiera confesarme de todos mis pecados y recibir el Santo Viático. Acompañadme a la capilla. No me neguéis este favor.

El capellán creyó que se trataba de una pesadilla.

— Padre, he sentido como si una espada hubiera atravesado mi corazón.

Apenas terminó de hablar, el rostro de Margarita comenzó a palidecer, sus ojos se quedaron mirando fijamente al infinito y, al volver de aquella especie de éxtasis, exclamó:

— Padre mío, una gran desgracia acaba de sobrevenir sobre el reino de Escocia. Y dicho esto cayó sobre un sillón desfallecida.

La alarma cundió por todo el palacio. Damas y caballeros rodearon inmediatamente a la afligida reina, que, con palabras entrecortadas, pidió ser llevada a la capilla para recibir el Santo Viático. Así se hizo. Apenas recibió al Señor, quedó sumida en dulce éxtasis. Vuelta en sí pidió se la llevase a su dormitorio. En aquel momento apareció el hijo mayor de Margarita que venía del campo de batalla. Al ver a su madre se arrojó sobre ella gritando:

— Madre, madre...

— Hijo mío — contestó Margarita —. ¿Qué ha sido de tu padre y de tu hermano?

— Mi padre y mi hermano están muy bien...

— No me engañes, hijo mío... Lo sé todo... Sólo te pido que me digas cómo murieron.

El príncipe rompió a llorar.

— Dímelo, hijo mío, que es la voluntad de Dios que tú me lo digas.

El joven príncipe, sin poder contener los sollozos, exclamó:

— Un caballero inglés los mató a traición.

— Ponte cerca de mí de rodillas, hijo mío. Quiero verte por última vez.

El cuadro era emocionante. Todos lloraban. Sólo Margarita conservaba la entereza de siempre. Cogió la mano de su hijo, la apretó dulcemente contra su corazón, y, levantando los ojos al cielo, exclamó: «Gracias, Dios mío, porque me habéis dado valor para soportar tantas calamidades... Señor mío Jesucristo, que por tu muerte vivificaste al mundo, ten piedad de mí...»

Fueron sus últimas palabras.

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

(1231)

Una de las grandes aficiones del joven duque de Turingia era la caza con halcones. Aquel día se levantó muy de mañana, llamó al jefe de sus cetreros, y le preguntó:

— ¿Están ya preparados los perros y los halcones?

— Todo está listo, señor. Cuando ordenéis podemos salir.

Subió el duque a su caballo alazán, picó espuelas, y detrás de él siguió el acompañamiento.

Envueltos en nubes de polvo pronto se perdieron entre la espesura del bosque. El día era magnífico y los perros venteaban la caza.

Entre los que acompañaban al duque iba el más fiel servidor de la duquesa Isabel. Hacía tiempo que ella le había confiado un secreto para su esposo y el fiel servidor aprovechó un momento en que estuvo solo con el duque para comunicárselo.

— Señor, permitidme que en esta soledad os haga una confidencia.

— ¿De qué se trata?

— Es de vuestra esposa a la que sé queréis con todo vuestro corazón.

— Si lo que vais a decir es algo desagradable os ruego os apartéis de mi lado.

— Todo lo contrario, señor, es una noticia muy buena.

— Entonces podéis comenzar.

— Vuestra esposa es muy buena... una santa.

— Lo sé mejor que nadie.

— Pero lo que me parece ignoráis es que está de hace un tiempo a esta parte muy triste... Es muy joven aún... y tal vez alguna palabra menos afectuosa del señor... Tal vez un gesto menos tierno... Tal vez un olvido involuntario... Tal vez alguna imprevista falta de atención... Lo cierto es, señor, que mi señora la duquesa está muy triste y hasta ha llegado a dudar de vuestro amor.

— No prosigáis — interrumpió el duque —. Todo eso que me dices es la más burda de las calumnias. Habéis de saber que para mí la duquesa Isabel es la única mujer que amo en la tierra. ¿Veis esa montaña? Pues si toda ella fuera de oro no la cambiaría por el amor de mi esposa.

* * *

La que había propalado tan infame calumnia era la princesa Sofía, madre del esposo de Isabel.

No la gustó la manera de ser de su nuera y trató, por todos los medios, de desprestigiarla ante su hijo y ante toda la corte.

El día en que la joven princesa llegó al castillo quedó sorprendida.

— ¿Qué significan estas manifestaciones de gozo?

— Son para celebrar vuestra llegada, señora — contestó una de las doncellas.

En efecto. La aparición de Isabel fue motivo de gozo para todos, menos para la princesa Sofía.

Isabel era bella en el cuerpo, pero aún lo era más en el alma. Se la encontraba frecuentemente en la capilla y, aun en los ratos de diversión, sabía ingeniarse para hablar de temas religiosos entre las doncellas que la acompañaban. En el jardín se la veía muchas veces rezando ante la imagen de la Santísima Virgen, y hasta cierto día se la encontró en el cementerio hablando a sus compañeras de la brevedad de la vida y de los horrores de la muerte. Esta inclinación hacia la virtud no pasó inadvertida para nadie del castillo, pero menos aún a la princesa Sofía que se lo comunicó así a su hija Inés, poniendo en sus palabras todo el veneno de que es capaz un corazón roído por la envidia:

— Yo creo que la duquesita nos va resultando demasiado rezadora. Me parece que nos hemos equivocado al traerla a nuestro palacio. Hubiera sido mejor haberla internado en un convento...

La guerra sin cuartel declarada por la princesa

Sofía contra la inocente duquesa se fue aumentando cada vez más, y la astuta princesa aprovechaba todas las ocasiones que se le ofrecían para desprestigiar a su nuera. Una de las que mejor explotó fue la siguiente:

Se celebraba una gran fiesta religiosa en la parroquia de Eisemach en la que estaba enclavado el castillo Watburg. La princesa Sofía no desaprovechó aquella coyuntura para hacer triunfar sus malvados deseos.

— Mañana — dijo a Isabel con una sonrisa estudiada —, hay gran fiesta en la parroquia y pensamos bajar mi hija Inés y yo. ¿No nos querrías tú acompañar?

— Iré con sumo gusto — contestó Isabel, que siempre estaba dispuesta cuando se trataba de cosas religiosas.

— Pero es necesario — repuso Sofía —, que te pongas tus mejores adornos y tu mejor vestido...

Al oír esto Isabel quedó un tanto pensativa. ¿Por qué había ella de llamar la atención con un lujo desmedido y más en la casa de Dios?

— No lo pienses tanto — insistió Sofía, que comprendió inmediatamente la turbación de Isabel —. La que está destinada a ser la esposa del Landgrave de Turingia no puede presentarse en la ciudad como una de tantas.

— ¿Y qué vestido me recomendáis?

— El de seda que os regaló mi hijo junto con la diadema y el collar de perlas.

Isabel bajó la cabeza y corrió a su habitación a prepararse. Su juventud, su hermosura natural y su modestia resaltaron más aún con aquellos vestidos suntuosos. Sofía no pudo contener su orgullo y así dijo a su futura nuera:

— ¡Ahora sí que parecéis la hija del rey de Hungría y la prometida del Landgrave de Turingia! ¡Así debierais de presentaros siempre en público y no de la manera descuidada que lo soléis hacer!

Isabel bajó los ojos al suelo avergonzada y siguió al cortejo que la esperaba para acompañarla hasta la parroquia de Eisenach.

* * *

En la ciudad había corrido la voz. La joven princesa bajaría a oír la misa en la catedral. Era tanta la fama de su hermosura que todos se dieron cita para poderla ver de cerca. En la puerta la esperaba el obispo y el clero con ornamentos deslumbrantes y profusión de luminarias. En el altar mayor lucía una infinidad de cirios, como en las grandes solemnidades. A los acordes del órgano entraron la princesa Isabel y todo su acompañamiento. Al lado del evangelio la esperaba un reclinatorio forrado de púrpura y oro. Isabel se arrodilló en él devotamente y, detrás de ella, quedó Sofía corroída de envidia. El obispo, vestido de pontifical, comenzó la misa. Los circunstantes no apartaban los ojos de la joven princesa que sostenía en su interior la mayor de las batallas. En el altar una imagen de Jesús

Crucificado, fue para ella un remordimiento. Una oleada de vergüenza acudió a su rostro al ver aquella imagen de dolor, mientras la voz de la conciencia comenzó a decirla: «¿Tu Dios desnudo, y tú tan elegantemente vestida? ¿Tu Dios coronado de punzantes espinas, y tú coronada con diadema de oro? ¿Tu Dios clavado con tres clavos en un infame madero, y tú apoyada en un cómodo reclinatorio forrado de púrpura y seda?»

La lucha interior continuó algunos momentos más. Aquel vestido de seda aquella diadema de oro, aquel collar de perlas, aquel reclinatorio de púrpura, se convirtieron en un instante en los más terribles objetos de martirio. Se colocó de rodillas fuera del reclinatorio, quitó bruscamente de la cabeza la diadema de oro y la dejó en el suelo. Sofía no pudo contener su indignación. Se acercó a Isabel y la dijo furiosamente:

— Princesa, ¿pero qué hacéis? ¿No veis que todos se ríen de vuestras rarezas? Isabel no pudo contestar. Un río de lágrimas ahogaban su pecho.

Terminada la misa, la princesa y su acompañamiento salieron por una puerta lateral para evitar las miradas de los curiosos. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa. Los más pensaron en una indisposición. Sofía y su comparsa lo tomaron por una rareza más. Sólo Isabel conocía la verdadera causa de su llanto. La imagen del Cristo desnudo y sangrante había impresionado profundamente su alma. Sin poder contener el llanto no dejaba de re-

petir en su interior estas palabras: «El desnudo y yo vestida de seda; El coronado de espinas y yo con corona de oro en la cabeza; El colgado de una Cruz y yo recostada en un reclinatorio de púrpura!...

Llegaron al castillo. Sofía no pudo contener por más tiempo su ira.

— Princesa — dijo a Isabel —, no os habéis podido portar más ridículamente.

— No me riñáis así. Yo no tuve valor para seguir mostrando tanto lujo al ver a mi Señor desnudo y muerto en la Cruz.

— Esos son escrúpulos ridículos — contestó Sofía —. Todas las princesas lo han hecho así, y no creo que tú seas mejor que ellas.

— Dios me libre de juzgar a nadie, pero la imagen del Santo Crucificado pareció reprenderme dulcemente de mi vana ostentación.

— Decid, más bien, que os gusta llamar la atención con vuestras rarezas.

En aquel momento llegó el Landgrave.

— ¿Qué es lo que os sucede, Isabel?

— Estoy haciéndola algunas advertencias — intervino Sofía —, pues creo, hijo mío, que más que para ser duquesa de Turingia ha nacido para ser monja.

* * *

En el castillo de Watburg reinó la dicha durante algún tiempo. Luis amaba con toda alma a su

esposa y las intrigas de la princesa Sofía habían cedido un tanto. Una y otra vez florecieron en el jardín del castillo la flores de muchas primaveras. Luis no cesaba de obsequiar a su esposa con valiosos regalos. Siempre que se ausentaba de casa la traía alguna sorpresa. Una vez fue un hermoso Crucifijo de oro, otra un rosario, otra un libro de rezos, otra una imagen de la Santísima Virgen. Estas manifestaciones de cariño irritaban más aún la envidia de la princesa Sofía que no perdonaba ocasión para humillar y despreciar a Isabel. Todo cuanto hacía la joven duquesa era comentado en el castillo con la más implacable de las burlas. El corazón de Sofía estaba lleno de veneno y esperaba ansiosa la ocasión oportuna para derramarlo en descrédito de la piadosa duquesa.

La ocasión suspirada se presentó cuando menos ella la esperaba. Había salido el duque de viaje por asuntos de gobierno. Isabel trató de consolarse de aquella ausencia ejercitando más aún su caridad. Los pobres la conocían perfectamente. Nunca había llegado uno al castillo sin ser socorrido generosamente. Los preferidos de Isabel eran los hermanos leprosos. Hija fervorosa del Seráfico Padre San Francisco, cuya regla de la Orden Tercera había profesado, trataba con predilección a los horribles gafos, y, dice la historia, que más de una vez, al pasar la mano de Isabel por las repugnantes heridas, desapareció la enfermedad.

Entre la multitud de enfermos llegó un día un

leproso corroído materialmente. Isabel le recibió, le lavó las llagas purulentas y le alojó en el castillo. Para poderle prodigar más fácilmente sus cuidados le acomodó en la habitación de su esposo, fuera a la sazón.

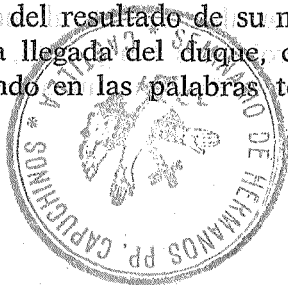
En el castillo corrió la noticia. Sofía fue la primera en condenar tan repugnante capricho. Ni corta ni perezosa reunió a los cortesanos enemigos de Isabel y les dijo llena de ira:

— Ahora sí que no me negaréis, señores, que la duquesa Isabel ha perdido el juicio. No sólo está arruinando la economía del país, sino atentando contra la vida de mi hijo y nuestro señor el duque. Creo que debemos impedir por todos los medios estas manifestaciones de locura.

Mientras en el castillo de Watburg se seguía buscando la manera de deshacerse para siempre de la duquesa, el enfermo iba poco a poco mejorando de su horrible enfermedad, gracias a los cuidados maternales de Isabel.

Sofía, ciega de ira, mandó un criado a su hijo para darle cuenta del caso. Al principio el duque no dio oídos a semejante noticia, pero, ante la insistencia de su madre, terminó por dudar de su esposa. Se puso rápidamente en camino y se decidió a comprobar por sí mismo la verdad o la falsedad del hecho.

Sofía, pendiente del resultado de su misiva, apenas se enteró de la llegada del duque, corrió a su encuentro y, poniendo en las palabras toda la elo-



cuencia de su malvada pasión, habló así a su hijo:

— Has llegado a tiempo, hijo mío. La duquesa está loca y sin remedio. Un repugnante leproso está durmiendo desde hace días en tu misma cama.

El duque hizo una señal de desagrado y repugnancia, y, sin avisar a Isabel se dirigió inmediatamente a la alcoba.

Isabel al verle con el rostro demudado sospechó algo desagradable.

— ¿Cómo no me has avisado de tu llegada?

— No he tenido tiempo para ello — contestó bruscamente el duque —. Estoy cansado del viaje y quiero acostarme inmediatamente.

— ¿Acostarte? — preguntó Isabel pálida como la cera.

— Sí.

— Pero... es que ahora no podrá ser...

— ¿Por qué?

— Porque tu cama está ocupada...

Sofía no pudo disimular una risa de diabólica satisfacción.

— ¿Pero qué dices? ¿Mi cama ocupada? — preguntó el duque.

— No lo tomes a mal, esposo mío. Hace unos días vino un leproso pidiendo limosna. Su manera de hablar, su porte humilde y bondadoso me conmovió. Me pidió que no le abandonase, que le diese cobijo por algunos días al menos. Yo, pensando que tú no volverías tan pronto, le alojé en tu misma habitación. Perdona mi atrevimiento...

— Ahora creo de verdad que has perdido la razón... ¿Acostar en mi lecho a un hombre leproso?...

Por los corredores de palacio se oyeron pisadas y murmullos. La princesa Sofía iba junto a su hijo hablándole en voz baja de las locuras de Isabel... El duque se adelantó. Corrió bruscamente la cortina de seda que cerraba su alcoba, y en el lecho no vio al repugnante leproso que Isabel había recogido, sino la imagen de Cristo crucificado. Ambos esposos cayeron de rodillas y se abrazaron llorando.

* * *

Pasaron algunos años. El día 24 de junio, festividad del nacimiento de San Juan Bautista, volvió la tristeza al castillo de Watburg. El duque de Turingia iba a formar parte de las tropas que se dirigían a Jerusalén para una nueva Cruzada. La noticia no sorprendió a Isabel, la sabía hacía tiempo. Cierta día, en un momento de confianza, se atrevió a registrar el bolso de cuero que siempre llevaba su esposo pendiente del cinturón. En él encontró una pequeña cruz, la cruz de los Cruzados. El duque había hecho voto de ir a Jerusalén cuando fuese llamado.

— ¿Por qué me has ocultado tu promesa? — le preguntó Isabel.

— No quise hacerte sufrir antes de tiempo — contestó Luis con ternura.

En el puerto de Otranto se embarcaron las tro-

pas al frente de las cuales iba el duque de Turingia. Isabel, durante la ausencia de su esposo, se dedicó a la educación cristiana de sus hijos y a ejercitarse en obras de caridad.

La duquesa Sofía, aprovechándose de la ausencia de su hijo, comenzó a tramar nueva venganza contra su nuera. A favorecer estos turbios manejos, vino la noticia de la muerte de Luis.

La misma duquesa Sofía fue la encargada de dar a Isabel la triste nueva.

Pasados los días del duelo oficial, se presentaron ante Isabel algunos de los adictos a la duquesa Sofía y le dijeron:

— Señora, el gobierno del ducado de Turingia no puede permanecer por más tiempo abandonado y Vos estáis demasiado preocupada por la muerte de nuestro señor el duque y por la educación de vuestros hijos. El heredero del ducado es menor de edad, y por tanto hemos decidido proclamar duque de Turingia al hermano de vuestro difunto esposo.

Isabel miró al cielo y rompió a llorar. En un instante se dio cuenta de la inmensa tragedia que se le echaba encima.

— No lo penséis más, señora. La determinación está ya tomada. Salid, pues, cuanto antes del castillo y llevaros, si queréis, a vuestros hijos. Las horas que tenéis para hacerlo están contadas. —

Del castillo de Watburg descendió la duquesa Isabel con sus cuatro hijos y dos doncellas, mientras la duquesa Sofía y sus infames colaboradores veían impasibles la triste escena. Nada de valor se le permitió llevar a la desgraciada duquesa. Era aún muy joven, pero el sufrimiento la había envejecido prematuramente. Antes de perder definitivamente de vista su amado castillo se volvió a él y, con los ojos llenos de lágrimas, se despidió como de una persona querida. Las doncellas no podían contener las lágrimas. Isabel procuraba hacerse fuerte para no llorar. Por el camino no cesa de repetir:

— Todo me lo han quitado, pero aún puedo rezar a Dios nuestro Señor.

Al caer la tarde llegaron a la ciudad de Eisenach. Nadie se dio por enterado. Allí donde Isabel había hecho tantas obras de caridad, ahora no encontraba ni una mala habitación donde poder pasar la noche. Los días siguientes fueron aún más dolorosos. Isabel se vio obligada a ir de puerta en puerta pidiendo un mendrugo de pan para sus hijos. Pasados algunos días logró encontrar una casita en la que se estableció definitivamente. En aquella humilde choza reinaba la más extrema pobreza. Isabel lo llevaba todo con heroica resignación y, de cuando en cuando, hacía algunas obras de caridad con los pobres.

La guerra de Tierra Santa terminó. Algunos de los caballeros que habían ido con el duque, regresaron a sus casas y enterados del infame atropello de que habían sido víctimas Isabel y sus hijos, prometieron vengarse. Cuando todo estuvo preparado hicieron subir a Isabel y a sus hijos en sendos caballos y los condujeron al castillo de Watburg. La duquesa Sofía y sus infames colaboradores huyeron rápidamente. En las almenas del castillo resonaron los gritos de ¡Viva la duquesa Isabel!

— No gritéis tanto, fue la advertencia de la afligida duquesa. He sufrido mucho en el destierro y si bien es verdad que Dios me ha dado fuerzas para sobrellevarlo, no seré yo la que vuelva a ceñir la diadema de duquesa. El sucesor de mi esposo será mi hijo. En cuanto a mí todo lo de este mundo ha terminado.

En la ciudad de Marburg mandó construir Isabel un gran hospital para seguir entregada al cuidado de los enfermos. Junto al hospital una humilde choza, donde ella se entregaba a sus oraciones y penitencias. Ninguna de sus antiguas riquezas quiso tener consigo; sólo un viejo manto, recibido de manos del pobre Francisco de Asís, fue su tesoro.

Cuando apenas tenía veinticuatro años, el Señor la llamó a Sí. Vestida con el hábito de terciaria franciscana, esperó alegre la hora de partir. Se oyeron músicas dulcísimas, cantar de pájaros

invisibles y un suave perfume llenó la humilde choza.

En medio del delirio de la enfermedad se la oyó decir al demonio:

— Huye, huye, malvado, que no quiero nada contigo...

Después sonriendo, exclamó:

— Ya se fue, hablemos ahora de Dios.

Y hablando de Dios estaba cuando, recogiendo-se más aún en sí misma, prosiguió:

— ¡Oh María, ayúdame!... Dios llama a sus amigos a las bodas... El Esposo viene preguntando por la esposa... Silencio... Silencio...

Nunca hubo un silencio como aquel. Fue el momento en el que el alma de la duquesa de Turingia voló al cielo.

SANTA EDUVIGIS
(Reina de Polonia)

(1243)

El día era caluroso. Uno de esos días en que los cuerpos se relajan y hasta las almas sienten el placer del descanso.

El rey acababa de llegar de viaje y antes de empezar la comida pidió un vaso de vino del Rin para calmar la sed. Eduvigis miró fijamente a su marido y le dijo:

— ¿Ya no recuerdas la promesa que me hiciste hace algún tiempo?

— ¿A qué promesa te refieres?

— A que nada me negarías de cuanto te pidiese... Me la hiciste un domingo después de salir de misa... ¿No te acuerdas?

— Sí que la recuerdo, y estoy dispuesto, ¡vive Dios!, a cumplirla ahora mismo si es de tu agrado. Dime, pues, lo que quieres.

— Hoy es viernes de Cuaresma — dijo entonces

Eduvigis —, día de penitencia, y me agradecería que por amor de Dios y de mis pobres, bebieses un vaso de agua en vez de un vaso de vino.

El duque no esperaba aquello, pero había empeñado su palabra y no tuvo más remedio que cumplirla. Se levantó del asiento, y en tono solemne dijo a su esposa:

— Por amor de Dios y de tus pobres, haré el sacrificio que me pides. Nunca como en esta ocasión me va a costar el hacerlo, pero tú me lo pides y no hay más que hablar.

— Gracias, esposo mío.

* * *

Sobre una mesa de nogal, artísticamente labrada, estaba el vaso de oro donde solía beber el duque. Junto al vaso una jarra de plata llena de agua fresca. Eduvigis cogió la jarra y comenzó a llenar el vaso. Mientras el agua caía, dijo a su esposo, con marcada intención:

— Hace unos momentos has manifestado deseos de beber un vaso de vino del Rin, ¿y qué tal si ese vino fuese en vez del Rin, del cielo?

— Nunca he oído hablar de ese vino — contestó el duque sonriendo.

— Me lo figuro, pero una vez que lo pruebes estoy segura que los vinos más generosos te van a parecer insípidos.

Y mientras esto decía llenó hasta arriba el vaso del duque.

— Bebe hombre de poca fe.

El duque bebió con ansia y al terminar exclamó:

— ¡Qué bueno es este vino! ¡Tenías razón al decir que era vino del cielo! Eduvigis, eres muy buena; veo que todo lo puedes con tus súplicas.

— Todo no — repuso Eduvigis —. Hace unos momentos te pedí que hicieras una pequeña penitencia y ya ves, no has sido capaz. ¿Cómo, pues, voy a esperar conseguir de ti otras cosas más difíciles?

— Pídeme lo que quieras pues esta vez sí que estoy resuelto a darte gusto. Eduvigis comprendió que había llegado su hora. Clavó los ojos en los de su esposo, guardó un instante silencio, como para pensar mejor lo que iba a pedir, y añadió:

— Siempre te has portado conmigo como un caballero; nada me has negado de cuanto te he pedido para mí o para mis pobres, esto me anima a exponerte una necesidad. Ayer precisamente al hacer mi visita de caridad pude ver que en las cárceles públicas hay algunos hombres a quienes la justicia humana ha condenado, siendo inocentes... Y esto naturalmente no podemos permitirlo ni tú, ni yo...

— Las mujeres siempre sois inclinadas a la misericordia y a la ternura. Vuestro corazón está hecho para eso y no es extraño que obréis así; pero, mira, para ser justos hay que dejar a un lado las razones del corazón, y las mujeres no soléis hacerlo...

— La justicia humana — repuso Eduvigis —, no es infalible y puede equivocarse en sus juicios...

— No lo niego, pero ordinariamente no suele suceder así.

— En el caso que acabo de indicarte estoy segura que se ha equivocado...

El duque, ante la entereza de su esposa, bajó la cabeza pensativo y después de unos momentos añadió resueltamente:

— Dime quienes son los inocentes y yo los pondré inmediatamente en libertad.

Eduvigis se sintió feliz, había logrado convencer a su esposo. Sacó del seno un pergamino, en el que estaban escritos los nombres de los inocentes y se lo entregó sonriendo a su esposo.

Mientras los ojos del duque recorrían ávidamente la escritura, Eduvigis preparaba una segunda petición. Las razones aducidas en el pergamino eran claras y convincentes. Aquellos hombres habían sido víctimas de una injusticia. Devolvió el pergamino a su esposa y al mismo tiempo la dijo:

— Está bien; veo que es razonable lo que pides y hoy mismo serán libertados esos hombres.

— Gracias esposo mío. Tienes un corazón justo y caritativo. ¡También a veces los hombres sois inclinados a la misericordia y al perdón! Pero ya que tan generoso has estado conmigo esta vez, voy a pedirte una segunda gracia. Es más fácil de conceder que la primera y espero que no me la negarás.

— ¡Cómo sabéis las mujeres aprovecharos de los momentos de debilidad de los hombres! — repuso el duque sonriendo.

— Dar con el momento oportuno, es el máximo acierto de nuestra debilidad. A los hombres os gusta ser vencidos por nuestro cariño y necia es la mujer que no se aprovecha de él para sus fines. Escucha, pues, mi segunda petición que es la siguiente: Confundidos con los culpables y los inocentes existen en las cárceles otros hombres que yo llamo arrepentidos. Son esos que cometieron el crimen en un momento de pasión, pero apenas pasó esta, sintieron la vergüenza y el arrepentimiento. Para esto te propongo una solución: Redimirlos por medio del trabajo. El trabajo hará en ellos las veces de penitencia. Es exactamente lo que Dios hace con el pecador arrepentido, le perdona la culpa, pero le exige la satisfacción de una saludable penitencia. ¿No te agrada mi solución?

— Sí — contestó el duque, que no acababa de comprender el alcance de las palabras de su esposa —, pero ¿ya has pensado en el trabajo que los ha de redimir?

— Sí, hace mucho tiempo. Durante muchos años ha sido mi obsesión predilecta. En la llanura de Trebnitz estaría muy bien un gran monasterio del Cister. Son muchos los pueblos abandonados en sus deberes religiosos. El monasterio sería el centro de irradiación espiritual para esos pueblos. ¿No te agrada la idea? La mano de obra estaría en su

mayor parte a cargo de esos criminales arrepentidos de quienes te hablo.

— Tu idea — dijo el duque —, no puede ser ni más original, ni más cristiana. Te doy mi palabra de que el monasterio que me pides se comenzará a construir inmediatamente.

* * *

A la puerta del palacio ducal esperaba la abigarrada muchedumbre. Cojos, mancos, leprosos, mujeres pobres con sus niños, formaban una gritería ensordecedora, mientras Eduvigis termina los preparativos de sus obras de caridad. De pronto se hace un profundo silencio, y de todos los labios brota la misma exclamación:

— ¡Ya sale la duquesa! ¡La duquesa!

Y así era la verdad. Eduvigis aparece sonriente, cubriendo con su mirada de caridad a todos aquellos desheredados de la fortuna o torturados por la enfermedad. Detrás de Eduvigis estaban las sirvientas, una sosteniendo en grandes bandejas cantidades de dinero, otras llevando en cestos abundancia de comida y de ropa.

— En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

— Amén — contestó a coro la inmensa multitud.

— Vamos a rezar un Padrenuestro por las obligaciones del duque y por la prosperidad de nuestra nación.

En el silencio impresionante de aquella mañana

primavera resonó la oración de aquellos labios necesitados. Eduvigis se sentía feliz con sus pobres y su esposo que conocía perfectamente aquella santa debilidad de su esposa, no regateaba nada para ayudarla a cumplir en sus obras de caridad.

No tardaron en desaparecer las monedas, los alimentos y la ropa entre las manos de aquellos necesitados y al despedirse de su gran bienhechora de los labios de todos brotaban las mismas palabras: «Es una santa, es una santa la duquesa».

— Sí, una santa — decía una mujer —, sin poder contener las lágrimas. Yo tuve hace algún tiempo a este mi hijo enfermo, los médicos me dijeron que se me moría sin remedio, pero uno de los días que, como hoy, vine a recoger la limosna que nos da la señora duquesa ella le cogió en sus brazos, le tocó con una medalla de la Virgen y mi hijo sanó.

— Yo también estoy muy agradecida a la señora duquesa — añadió una mujer joven —, mientras señalaba a su interlocutora una enorme cicatriz en el brazo derecho. Tuve una herida maligna que no cesaba de manar pus. Un día la señora duquesa me preguntó si me dolía mucho, y al decirle que sí, ella me cogió el brazo, besó la herida purulenta y desde aquel momento se curó completamente. La duquesa es una santa.

* * *

Las obras del monasterio de Trebnitz seguían un ritmo acelerado. Eduvigis iba con frecuencia a

visitar a los obreros, entre los que estaban aquellos que redimían su pena por el trabajo. Todos la conocían por su caridad y su bondad. Cuando iba procuraba enterarse de los más necesitados para ayudarlos económicamente a ellos y a sus familias. La regeneración espiritual que ella había soñado comenzaba a notarse. Hombres que nunca habían acudido a la iglesia, acudían a misa todos los domingos con singular compostura. Eduvigis se sentía feliz y así se lo comunicó a su esposo.

— ¿No has visto lo de prisa que van las obras del monasterio? Creo que Dios nos ha de bendecir por esta obra. Si algún día pudiese, mi mejor deseo sería retirarme a él y pasar dentro de sus muros los últimos días de mi vida.

— Tienes mi permiso para ello — la dijo su esposo —. Mientras yo viva puedes pasar grandes temporadas, y si acaso yo muriese antes que tú...

— No lo quiera Dios — interrumpió Eduvigis —, que amaba a su esposo con toda su alma.

— Precisamente esta primavera tengo que salir con motivo de una acción de guerra. Me consuela que, mientras yo esté luchando tú estés rezando por mí.

* * *

El año 1238 el gran monasterio estaba habitado por cerca de mil religiosas entre las que vivía, como una de tantas la duquesa Eduvigis. En la comunidad era modelo de todas las virtudes y de las más

grandes austeridades. Su esposo estaba empeñado en una guerra dura y prolongada, y Eduvigis no cesaba de rezar y de sacrificarse por él y por sus soldados.

Un día la campanilla del monasterio sonó violentamente. Algo desacostumbrado debía suceder. La tornera recibió unas cartas para la duquesa y en aquellas cartas se la daba cuenta de la muerte de su esposo.

Fue un golpe terrible para Eduvigis. Sin poder contener las lágrimas se fue inmediatamente a postarse a los pies de Jesús Sacramentado y a ofrecerle aquel inmenso dolor. Nunca pudo ella pensar que llegaría semejante noticia, y menos tan inesperadamente. Las demás religiosas la rodearon sollozando.

— ¡Ay, señora! ¡Qué desgracia tan grande la que Dios os ha mandado!

Los gritos y llantos de las religiosas atronaban el aire.

Eduvigis, sacando fuerzas de flaqueza, con una serenidad que dejó sobrecogidas a todas las religiosas las dijo así:

— ¿Por qué os turbáis de esa manera, señoras mías? Mi esposo ha muerto y esta desgracia es para mí y para todos irreparable, ¿pero no es acaso la voluntad de Dios? Rezemos por él para que Dios le tenga en la gloria. Fue siempre buen cristiano y trató de cumplir con sus deberes de tal, espero que el Señor ya le habrá dado el premio del cielo. En

cuanto a mí, queridas hermanas, con su muerte ha terminado todo lo de aquí abajo. Mis riquezas se las daré íntegras a los pobres, y yo me encerraré para siempre en este monasterio hasta que el Señor quiera llamarme para unirme con mi esposo. Todo lo demás, alhajas, vestidos y demás cosas que haya en mi palacio, lo destino para embellecer la iglesia de este monasterio.

Todas las monjas lloraban inconsolables al oír las palabras de la duquesa y la entereza de su carácter.

— Señora — dijo entonces la abadesa —, yo en nombre de toda la Comunidad os recibo en nuestra compañía y nos sentimos muy honradas con vuestra presencia. Desde hoy vos seréis nuestra mejor hermana y nuestra mejor protectora.

A los pocos días Eduvigis vestía el hábito del Cister y pasaba a formar parte de aquella numerosa Comunidad que ella había fundado con tanto desprendimiento y generosidad.

* * *

— Madre, la duquesa es una santa.

Así dijo cierto día a la abadesa una de las religiosas más jóvenes del monasterio.

— Sí, hija mía, lo es. Su vida es modelo de oración y de mortificación.

— Y de humildad, madre. Yo la he visto ir besando el lugar por donde han pasado las otras religiosas...

— No me extraña. Precisamente ayer me dijo una religiosa que la había sorprendido en el coro rezando ante la imagen del Crucifijo que está a la entrada. La duquesa, me ha dicho la religiosa, estaba como transfigurada, el rostro encendido y derramando copiosas lágrimas, en aquel momento la mano derecha del Crucifijo se desclavó y dio la bendición a la duquesa que permanecía inclinada profundamente. De los labios de la santa imagen brotaron estas claras palabras: «Hija mía, tu oración ha sido escuchada».

— La señora duquesa es una santa...

— Sí, hija mía, lo es.

* * *

Pasaron algunos años. Eduvigis estaba consumida prematuramente a causa de sus grandes penitencias. Por el monasterio no tardó en correr la triste noticia. La duquesa se moría sin remedio.

Acudió el capellán del monasterio, la administró los últimos sacramentos, y Eduvigis expiró dulcemente.

Sus grandes amigos los pobres la acompañaron a la última morada.

Cuando el Papa Clemente IV la elevó a la dignidad de los altares, se encontró en su sepulcro, sobre un montón de polvo, la mano de Eduvigis completamente incorrupta, y estrechando fuertemente una pequeña imagen de la Virgen; la misma imagen con la que en vida había hecho tantos milagros.

BEATA MAFALDA, REINA DE CASTILLA

(1256)

En el pueblo de Garcimuñoz acaba de morir don Alfonso VIII, el de las Navas. Su hijo el príncipe don Enrique I, tenía sólo once años, por lo cual fue su madre doña Leonor de Inglaterra la que se encargó del gobierno. Pero la regencia de doña Leonor duró poco tiempo. Una enfermedad maligna la arrebató de este mundo cuando el príncipe seguía aún en minoría de edad.

Se celebraron las honras fúnebres de doña Leonor con toda la solemnidad que el caso requería, y cuando los notarios de la corte fueron a abrir el testamento vieron con sorpresa que el rey niño quedaba encomendado a la tutela de su hermana mayor doña Berenguela, reina de León, mujer muy piadosa y prudente.

Esta manda de la desaparecida doña Leonor no dejó de molestar a los ambiciosos cortesanos, que pretendían medrar a cuenta de la inexperiencia del pequeño rey.

En Castilla hervían las intrigas cortesanas. Don

Alvaro, don Fernando y don Gonzalo de Lara, poderosos validos y señores de cuantiosas fortunas, se mofaban del rey porque era niño y de su hermana doña Berenguela, porque era mujer, y por todos los medios trataban de malquistarlos con los señores de la corte y con el pueblo.

* * *

En uno de los salones de palacio están reunidos los tres conspiradores. Hablan en voz baja y en sus ojos desorbitados y en sus labios temblorosos se echan de ver sus criminales pensamientos. Don Alvaro, más ambicioso y astuto es el que rompe el silencio para decir:

— Triste si no es para el reino de Castilla estar gobernado por una mujer.

— Y lo que es mayor aún — repuso don Gonzalo —, tener por rey a un niño de once años.

— ¿Qué haremos con ellos? — preguntó don Fernando.

— ¡Qué hemos de hacer! — repuso don Alvaro dando un fuerte golpe sobre el terciopelo del sillón donde estaba arrellenado perezosamente. Enfrentarlos inmediatamente con el pueblo. Todos sabemos que los tributos con que están gravados son enormes, bastará sólo con una sencilla promesa de que estos se aliviarán apenas desaparezca el rey y su hermana doña Berenguela, y el pueblo se levantará contra ellos. El pueblo, no entiende más leyes que las del estómago.

— No me parece eso tan fácil como vos pensáis — objetó don Gonzalo —. El pueblo a veces reacciona de manera insospechada. Y sería para nosotros terrible que el pueblo no nos diese la razón.

— Yo creo — dijo entonces don Fernando — que lo más seguro es envenenar al rey y una vez que éste haya muerto a su hermana la podremos fácilmente encerrar en cualquier castillo.

La proposición de don Fernando fue aplaudida calurosamente por ser la más segura y la de más aparente legalidad. Terminada la macabra reunión cada uno se fue a sus negocios y esperaron el momento oportuno para poner en práctica sus trágicos designios.

* * *

No pasó desapercibida para el rey la miserable conspiración, por lo cual, a pesar de sus pocos años, trató de ponerse a salvo y para ello mandó se le llevase al lado de su hermana doña Berenguela. Cierta día el astuto don Alvaro de Lara, se acercó al rey y le dijo entre tembloroso y arrogante.

— Majestad, hace algún tiempo que vengo observando en vos señales de melancolía. ¿Alguna enfermedad de amor?

— No sabré deciros, señor, la verdad, pues ni yo mismo lo sé... Pero es que me encuentro tan solo...

Don Alvaro respiró ante la respuesta del rey, y haciendo alarde de su falso interés por la persona real continuó de esta manera:

— Majestad, la soledad es una de las mayores miserias que pueden sobrevenir a un rey. A vuestra edad no es extraño que soñéis tal vez en alguna princesa hermosa y buena para hacerla, no tardando mucho, vuestra legítima mujer... No sé si mi imprudencia os molestará, pero yo conozco una que aventaja en hermosura y bondad a todas las princesas de las cortes de Europa... Me refiero a la bellísima Mafalda, hija del rey de Portugal...

El rey, completamente ruborizado sólo se atrevió a decir al astuto valido que quedaba en sus manos el resolver tan delicado asunto.

El conde salió de la presencia del rey contento de su maniobra. Pero doña Berenguela, a pesar de ser mujer, iba a cogerle a él y a sus hermanos, en la trampa que ellos no esperaban.

* * *

— Sé que en Castilla no es bien visto el que una mujer empuñe las riendas del gobierno. Mi hermano, como sabéis es muy joven aún para ser proclamado rey. Mi deseo es, que vos, don Alvaro, os encarguéis personalmente de la regencia.

— Si vuestra majestad lo ordena así...

— No solamente os lo ordeno sino que os suplico me hagáis este favor.

D. Alvaro se levantó ceremonioso, besó la mano de doña Berenguela y aceptó lo que él tanto estaba suspirando.

— Sólo unas condiciones quiero poner, señor

Conde, y sea la primera que de ninguna manera se impondrán al pueblo nuevos tributos, ni gabelas; la segunda que conservaréis ante todo la paz y tercera que respetaréis los bienes del Estado, de la Iglesia y de la nobleza.

— Os prometo cumplir, señora, con toda fidelidad cuanto me pedís.

Desde aquel día don Alvaro fue el regente de Castilla, doña Berenguela se volvió a León, y su hermano el rey, se fue a Palencia para ampliar sus estudios.

Los primeros meses el astuto don Alvaro trató de cumplir lo mejor que pudo las consignas de doña Berenguela, pero no tardó en ser dominado por la ambición. Los tributos fueron aumentando escandalosamente, los bienes del Estado se malgastaban en bien suyo y de sus hermanos, los de la Iglesia en parte fueron confiscados en parte gravados con enormes impuestos, los de la nobleza amenazados por todas partes.

Las protestas contra la ambición del regente llegaron a oídos de doña Berenguela que se dispuso a empuñar de nuevo las riendas del Estado de Castilla.

Los manejos políticos de los Laras lograron encizañar al pueblo, y hasta trató de desterrar a doña Berenguela y se refugió en el castillo de Autillo propiedad de don Gonzalo Ruiz Girón, uno de los nobles más influyentes de Castilla.

Mientras tanto las negociaciones de don Alvaro para dar esposa al joven rey habían terminado y se procedió a la boda. Un brillante cortejo de castellanos fue a pedir al rey de Portugal, don Sancho I, la mano de su hermosa hija Mafalda para el rey de Castilla. La princesa se opuso a ello, pero al fin no tuvo más remedio que acatar la voluntad de su padre y las leyes del reino. Rodeada de lo más florido de ambas cortes, la portuguesa y la castellana, llegó la bella princesa a la ciudad de Palencia donde la esperaba el rey, su futuro esposo, que contaba a la sazón doce años. Se celebró la boda que bendijo el obispo de Palencia, pero no les permitió cohabitar hasta que el rey llegase a mayoría de edad. Terminada la solemne ceremonia, Mafalda, ya reina de Castilla, se retiró a su palacio, acompañada de algunas jóvenes aristócratas que desde entonces serían sus mejores confidentes y amigas. ¡Don Alvaro había triunfado!

Pero el triunfo fue sólo aparente.

Enterada doña Berenguela de la boda de su hermano el rey y dándose cuenta de que los nuevos esposos eran primos en tercer grado, avisó de ello al Nuncio y este inmediatamente escribió al Papa Inocencio III para declararse nulo el matrimonio. El Papa delegó a Don Tello de Palencia y don Mauricio de Burgos el estudio del caso, los cuales declararon que efectivamente existía tal impedimento entre los jóvenes esposos. Entonces el Papa dictó la

sentencia de divorcio, antes que el matrimonio se hubiese consumado.

* * *

En la ciudad de Palencia primero, y después en todo el reino de Castilla y Portugal no se hablaba de otra cosa. Los reyes se habían separado por mandato del Papa. Don Alvaro y sus seguidores trataron por todos los medios de que el matrimonio siguiese adelante, pero la decisión de Roma era irrevocable. Enrique I permaneció en Palencia, en el palacio episcopal, y la hermosa Mafalda volvió de nuevo a Portugal para encerrarse en el monasterio de Arouca restaurado por ella y en el que con la aprobación de Honorio III, estableció el año 1228 una comunidad de religiosas cistercienses con las cuales vivió el resto de su vida.

Mientras la bella princesa encerrada en su retiro de Arouca, se entrega a una vida de austeridad y renunciamiento, su esposo el rey se divierte en los juegos propios de su corta edad. Un día en el patio del palacio episcopal está jugando con algunos de sus compañeros a la pelota. De pronto una teja se ha desprendido de lo más alto del palacio y da en la cabeza del joven rey hiriéndole gravemente. Se avisa a los mejores médicos de la ciudad, pero el mal no tiene remedio. A las pocas horas muere en medio de los más horribles dolores el pequeño rey don Enrique I de Castilla.

Cuando Mafalda se enteró de la muerte de su esposo no pudo menos de llorarle, pero al mismo tiempo dio gracias a Dios que de una manera tan inesperada la había librado para siempre del terrible torcedor que llevaba en su conciencia.

Desde aquel día la vida de Mafalda fue más del cielo que de la tierra. Sus penitencias eran increíbles y pronto aquella naturaleza delicada sintió las consecuencias de tanto sacrificio. En todo el reino de Portugal se conocía la vida de santidad que llevaba la princesa. Entre las religiosas era considerada como un portentoso de mortificación y de austeridad.

Era el día 1 de mayo de 1256. En el jardín del convento de Arouca empezaban a brotar las azucenas y mientras tanto en una humilde celda exhalaba su último suspiro la princesa Mafalda, que fue virgen, esposa, y reina de Castilla.

SANTA ISABEL DE PORTUGAL

(1336)

Bajo las frías arcadas del monasterio de Poblet, aprendió Isabel, siendo aún muy niña, la gran lección de las vanidades del mundo. Su abuelo don Jaime el Conquistador, iba a recibir sepultura bajo una de las enormes losas del famoso monasterio. La inocente niña, quedó vivamente impresionada ante el féretro que encerraba los restos mortales de aquel hombre enérgico, duro, austero, que tantas veces la había a ella entretenido con sus historias y sus batallas.

Alrededor del féretro estaban mudos y pensativos unos hombres de aspecto recio y valeroso, vestidos de hierro de pies a cabeza, pero con señales en el rostro de inmensa preocupación. La terrible escena se grabó tan profundamente en la imaginación de la niña que durante toda su vida la recordó con terror y con miedo.

— ¿Me habéis llamado, padre mío?

— Sí, hija, te he llamado porque quiero ser yo quien primero te dé la fausta noticia. A tu edad de nada mejor te podría hablar que de esto. Toda joven ve con agrado que se la hable de amor.

— ¿Y de qué amor me queréis hablar, padre mío?

— A una princesita, hija del rey de Aragón, ¿de qué amor se la va a hablar?

Isabel comprendió inmediatamente y su hermoso rostro enrojeció de vergüenza.

— No tienes por qué ponerte así. Es natural que a tu edad el rubor acuda al rostro, pero tienes que pensar que las razones de Estado tienen sus exigencias. Eres la hija de un rey y hay muchos príncipes que se han fijado en ti para hacerte su esposa. Ya tienes la edad conveniente para tomar estado y esto, que en todas las jóvenes de tu edad es ley natural, en ti tiene una razón que ni tu ni yo podemos olvidar. No en vano eres una de las princesas más solicitadas.

Isabel, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, contestó humildemente.

— Si es necesario que yo me someta a vuestra voluntad, por daros gusto lo haré, padre mío...

— Por darme gusto y por engrandecer nuestro reino. Dos maneras tienen los reinos de ampliar sus fronteras; la una mediante los horrores de la gue-

rra, la otra, más sencilla, concertando matrimonios con los herederos de otros Estados. El primer caso es aborrecible pues es menester sacrificar muchas vidas, el segundo...

— He dicho, padre mío, que si es necesario que yo obedezca lo haré aunque repugne a mi primera manera de ser, y a mis mejores promesas...

* * *

En la corte aragonesa se distinguía Isabel por su ternura y su piedad extraordinarias. Bastaba ir a la capilla de palacio para encontrarla casi siempre de rodillas sumida en fervorosa oración. Los que la veían pensaban inmediatamente en la hermana de su abuela doña Violante, la sufrida santa Isabel de Hungría.

Mientras la joven princesa rezaba y aprendía a leer y bordar, como las demás infantas de la Corte, su padre don Pedro III mandaba cartas a todas las cortes de Europa a fin de sacar el mayor provecho al matrimonio de su hija. Gran guerrero y mejor político trató de sacar de aquella circunstancia el mejor partido.

Muchos fueron los príncipes que contestaron afirmativamente, pero sólo el joven rey de Portugal, don Dionís, podía llenar la ambición de don Pedro III.

Sin perder tiempo se mandaron emisarios a la corte de Portugal y el frívolo y joven monarca no

tardó en mandar su aquiescencia. Era tan grande la fama de la belleza de Isabel que el joven rey quedó inmediatamente prendado de ella.

Se hicieron los preparativos para la boda real. Desde Zaragoza un brillante cortejo, compuesto por los caballeros más distinguidos de la Corte aragonesa, acompañó a la joven princesa hasta las fronteras de Castilla, en donde la esperaba otro no menos suntuoso que la llevó hasta la frontera de Portugal. Allí la esperaba rodeado de todo el esplendor de su corte el rey don Dionís.

Reyes, príncipes, obispos, damas de calidad, caballeros, jueces y magistrados asistieron a la fastuosa ceremonia luciendo cada uno sus mejores galas. El rey se sentía orgulloso de la belleza y de la bondad de su esposa y trataba de agradarla en todo.

La vida en la Corte apenas cambió desde el día de la boda del rey. Don Dionís era un buen marido, pero no era un santo. Supo desde el primer momento comprender la grandeza de alma de su esposa pero no fue capaz de corregirse de su carácter fogoso y de sus frecuentes aventuras amorosas.

Isabel desde que entró en el reino de Portugal intensificó más y más su amor a los pobres. Su marido lo sabía, pero como la quería tanto, no sólo no se oponía a aquellas obras de caridad, sino que la favorecía en ello.

En cambio en el palacio de Braganza los cor-

tesanos de igual manera, mientras para unos la reina era una santa, para otros era una derrochadora de los bienes del reino. El rey manchaba con su vida disoluta la corte y su esposa la santificaba con el ejercicio de todas las virtudes. Oía misa todos los días, rezaba el Oficio Divino, el Oficio Parvo de la Santísima Virgen y muchos días el Oficio de Difuntos y el tiempo que la quedaba lo empleaba en hacer obras de caridad. Era una santa manera de olvidar las amarguras que la ocasionaba la vida disoluta del rey al cual disculpaba y perdonaba.

Cierto día se acercó uno de los cortesanos y dijo a Isabel:

— Majestad, es una vergüenza para la Corte y un baldón para vos la vida disoluta del rey.

Isabel no se atrevió a levantar los ojos del suelo. Hubiera mandado salir de su presencia al cortesano que así hablaba del rey, pero prefirió sufrir en silencio aquellas palabras que la mortificaban y entristecían. El cortesano siguió hablando e Isabel oyendo con humilde resignación. Fue la mejor manera de que el cortesano terminase su acusación y la dejase en paz.

Pero aquello era uno de tantos avisos. Los billetes aparecían frecuentemente sobre la mesa de al reina o tal vez en algunos de los muebles de su alcoba como olvidados. Todo al fin para decirle una vez más lo que ella conocía mejor que nadie.

Pero Isabel a pesar de estos avisos y cartas se-

guía amando a su marido y esperaba cambiarle en su vida de diversión. Jamás le dijo directamente nada ni le reprochó, es más, cuando por las noches llegaba tarde siempre la encontraba esperándole, leyendo algún libro devoto o rezando.

Los años fueron transcurriendo. El palacio se iba llenando de hijos bastardos e Isabel a todos los recogía con caridad y para todos hacía el oficio de madre.

Un día el mayor de los hijos, avergonzado de la vida desordenada de su padre, se encaró con su madre y la dijo:

— Madre es un escándalo y una infamia que mi padre el rey haga públicamente la vida que vos sabéis. ¿Por qué no le corregís?

— Hijo mío — contestó Isabel —. Si yo supiera que con mi reprensión se enmendaría, a buen seguro que ya lo hubiera hecho, pero me temo poner con ello las cosas peor. Pidamos a Dios que se compadezca de él y que le dé la gracia necesaria para dejar esa vida que nos avergüenza a todos.

— Esa manera de obrar — dijo entonces el príncipe —, no me parece ni acertada, ni noble. Si no quiere por las buenas habrá que decírselo por las malas. Lo que no podemos permitir es que toda la Corte y todo el pueblo hable indignado del rey.

— Te ruego que tengas paciencia, hijo mío.

— La paciencia se ha terminado — dijo el príncipe —. Tengo detrás de mí quienes me ayudarán a borrar esta ignominia.

La guerra entre hijo y padre fue un hecho. Cientos de señores, descontentos del rey se unieron incondicionalmente al príncipe. Por los campos, las aldeas y las ciudades resonó el clarín de guerra. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente. Mientras hijo y padre luchaban por sus respectivos derechos Isabel rezaba y se mortificaba. Un día se la ocurrió una idea feliz. Mandó enjaezar un caballo blanco, conocido de su esposo y de su hijo, y montada sobre él se dirigió sin perder tiempo al campo de batalla. Cuando el fuego era más grande la heroica reina se presentó en medio de ambos campos de batalla. El rey la reconoció inmediatamente y lo mismo sucedió al príncipe. Mandaron cesar el fuego y ambos se abrazaron y perdonaron.

Isabel había conseguido dar fin a la guerra.

No pasaron muchos meses y el rey volvió a los antiguos devaneos. El vicio estaba muy arraigado y era poco menos que imposible desarraigarlo. Nuevas quejas del hijo, nuevos sacrificios de Isabel. La salud del rey comenzó a resentirse. Padecía de insomnios y su carácter era excitable y de mal humor. Una noche la reina le oyó decir en sueños: «Mis soldados le cogerán desprevenido, le encerrarán en la más oscura torre de mi castillo y pagará de una vez sus rebeldías». Estas palabras se referían a su hijo mayor. Isabel trató de evitar otra nueva guerra. Avisó a su hijo los planes de su pa-

dre y el joven príncipe se aprovechó de ello para declarar de nuevo la guerra a su padre e Isabel fue encerrada en la fortaleza de Alenquer por los seguidores del rey como espía.

Pero la reina había nacido para ser la portadora de la paz. Una noche logró escaparse de la prisión, y al día siguiente apareció en el campo de batalla. Esta vez padre e hijo no pudieron resistir las lágrimas de aquella santa mujer. Se abrazaron delante de ella y le prometieron solemnemente que todo había terminado.

Efectivamente, el rey cumplió esta vez su palabra. Mandó salir de palacio a todos los hijos bastardos, y el príncipe y sus hermanos salieron de palacio para no volver a entrar más.

* * *

Pero el rey, como todos los hombres apasionados, cayó en el extremo opuesto. La antigua vida de disipación se cambió en celos terribles. El rey sospechaba de todo y llegó a pensar de su santa esposa que le era infiel. Vino a aumentar esta sospecha cierta conversación que sostuvo con uno de los cortesanos que no veía con buenos ojos que la reina tratase con predilección a uno de los pajes de palacio. Cierta día logró hablar con el rey y le dijo así:

— Majestad, toda esa virtud que vos creéis en la reina es pura mentira. Yo sé de ella una debili-

dad que si vos la supieseis os horrorizaríais...

— Decídmela — contestó el rey completamente excitado.

— Se trata del paje que tiene a su servicio...

— Terminad pronto, y decidme qué es ello...

— Majestad, ese paje, es el amante de la reina...

— ¿Es cierto lo que decís?

— Cierto.

— Gracias por vuestra noticia. Idos con Dios.

* * *

En el despacho del rey está temblando de miedo el dueño de una calera que está cerca de la ciudad.

— Os he llamado — le dice el rey — para encomendaros un asunto muy importante. Mañana a primera hora te mandaré uno de mis pajes a preguntar si has cumplido con mi encargo. Apenas termine de hablar le cogerás y, sin miramiento alguno, le arrojarás al horno de cal, porque así conviene a mi servicio.

— Majestad, así lo haré.

El calero salió de palacio horrorizado.

Al poco tiempo mandó llamar al paje de quien había recibido el fatal informe y con fingida suavidad en las palabras le dijo así:

— Sé tu fidelidad a mi esposa la reina y tu prontitud en cumplir sus mandatos. Precisamente por eso te voy a encomendar un asunto muy importante y que requiere la máxima fidelidad.

— Majestad... — dijo el paje inclinándose profundamente ante el rey — Mandad lo que queráis que estoy sólo para servirlos.

— Mañana sin falta, y a primera hora — dijo el rey —, irás a la calera que está a las afueras de la ciudad y harás al calero esta pregunta: ¿Está ya cumplida la orden que os dio el rey mi señor?

— Majestad, seréis servido — contestó el paje y se retiró ceremoniosamente de la presencia del rey.

* * *

Al día siguiente a primera hora salió el paje camino de la calera para cumplir el mandato del rey. Al pasar por delante de una iglesia sintió el toque de la campanilla anunciando el momento de la Consagración. Entró en la iglesia para adorar al Señor y permaneció hasta que terminó la Misa. En aquel momento dio comienzo otra misa y la oyó también hasta el final, terminada la cual fue a la calera para cumplir el encargo real.

Mientras el paje oía las misas devotamente, el rey paseaba nerviosamente, con ese nerviosismo que pone el crimen en el corazón del criminal. Cuando supuso que el paje ya había sido arrojado a la calera llamó al cortesano que le había denunciado las relaciones amorosas de la reina y le dio este recado:

— Sal inmediatamente, ve a la calera que está cerca de la ciudad, y pregunta al calero si cumplió el encargo del rey.

Salió corriendo el cortesano, llegó a la calera y preguntó al calero:

— ¿Habéis cumplido la orden que habéis recibido de mi señor el rey?

El calero, sin dar explicaciones, cogió al cortesano y lo arrojó al horno.

Mientras tanto en la iglesia habían terminado las misas y el paje llegó a la calera.

— ¿Habéis cumplido por ventura la orden de mi señor el rey? — preguntó el paje.

— Hace unos minutos acabo de cumplirla — contestó el calero.

El paje se despidió del calero y volvió a dar la noticia al rey.

* * *

Don Dionís estaba esperando inquieto la trágica noticia. Unos golpes suaves sonaron en la puerta de la alcoba real. El paje saludó con toda reverencia al rey y le comunicó que su orden quedaba cumplida. El rey palideció.

— ¿No te dije que fueras a la calera y preguntases al calero si había cumplido mi encargo? — preguntó el rey sin apenas poder contener la ira.

— De allí vengo, señor — repuso el paje un poco preocupado —, y el calero me dijo que acababa de cumplir vuestra orden. Perdonad, señor, que no haya cumplido antes con vuestro mandato. Al pasar por delante de una iglesia oí que tocaban a la Consagración y entré a adorar al Señor y me quedé

hasta que terminó la Misa, a continuación comenzó otra y me quedé a oirla hasta el fin. Esta ha sido la causa de no haber cumplido vuestra orden con mayor presteza.

El rey comprendió lo que había sucedido, y desde aquel día no volvió a dudar más de la honradez de su esposa.

* * *

Pero los años no habían pasado en valde. Triste, fracasado, vencido, devorado por una cruel enfermedad, el rey permanecía ahora en palacio admirando más que nunca las virtudes de su santa esposa. Isabel se mostró para con él más cariñosa y comprensiva. Fiel a su lema de pacificadora trató de sembrar la paz sobre todo en el alma de su esposo lleno de remordimientos y de inquietudes.

El día 7 de enero de 1325 don Dionís dejó este mundo para siempre. Isabel le lloró como la más buena de las esposas, y la muerte de su marido fue el principio de una vida más escondida y austera. Se cortó el cabello, vistió el hábito de terciaria franciscana y renunció públicamente a todas sus joyas y honores. Distribuidas cuantiosas limosnas entre los pobres en sufragio del alma de su esposo se retiró a Coimbra cerca del monasterio por ella misma fundado. Junto al grandioso monasterio, en una humilde casita comenzó una vida de más intensa oración y penitencia.

Estando en esta soledad la llegaron noticias de que entre su hijo Alonso de Portugal y su nieto Alonso de Castilla iba a estallar la guerra de un momento a otro. El pensamiento de la paz surgió de nuevo en su corazón. Deseosa de evitar aquella desgracia, mandó se la llevase a Estremoz. Era pleno verano y el calor era asfixiante.

— Majestad — la dijeron —, ¿a dónde queréis ir con este calor estando tan delicada de salud?

— Cuando se trata de evitar una guerra, cualquier mortificación es pequeña — contestó Isabel.

Cuando llegaron a Estremoz se había puesto el sol. Unas fuertes calenturas la hicieron guardar cama. Llamó a su hijo y le habló de las crueles consecuencias de la guerra y de los bellos frutos de la paz. El hijo quedó conmovido ante aquellas palabras de su madre moribunda. La guerra no se declaró. Isabel, contenta con aquel su último esfuerzo en favor de la paz, se dispuso a morir. Era el 4 de junio de 1336. En el silencio de una pobre habitación moría Isabel, la reina de la paz.

BEATA JUANA DE PORTUGAL

(1452 - 1490)

La princesa era un dechado de hermosura. La corte estaba orgullosa de ella y el rey don Alfonso V su padre esperaba conseguir grandes triunfos para su reino mediante el casamiento de su hija.

Entre estudios, rezos y juegos pasó la infancia de la bella princesita. Por todas las cortes europeas corrió inmediatamente la fama de la rara belleza de la hija del rey de Portugal y dice la historia que apenas llegó a la edad núbil eran muchos los príncipes que se desvivían por conseguirla para esposa. No había corte en la que no figurase un retrato de Juana. ¡Tanta era la fama de su extraordinaria hermosura!

El rey Alfonso, ambicioso e intrigante, comenzó a preparar el camino. Reunió a los principales de su reino y les habló de esta manera:

— De todas las cortes de Europa vienen cartas y embajadas solicitándome la mano de mi hija Jua-

na. Todos conocéis su rara hermosura y creo que debemos aprovecharnos de esta oportunidad para engrandecer nuestro reino.

Ni que decir tiene que los magnates y palaciegos apoyaron los deseos del rey. Se citaron los nombres de varios príncipes y quedó la elección definitiva a la voluntad real.

— La hermosura de la mujer — dijo el rey — fue siempre uno de los mejores medios de vencer el corazón del hombre, veremos si podemos vencer el del príncipe que más convenga a nuestros planes.

La sesión de aquel día terminó entre aplausos y brindis. Definitivamente el reino de Portugal iba a imponer su voluntad a los más poderosos reinos de Europa. Se celebró el acontecimiento con grandes fiestas y toda la corte se sintió feliz con la real determinación.

Mientras el rey y los cortesanos se entretenían en músicas y torneos, en lances de honor, bailes y aventuras amorosas, la princesa Juana se dedicaba a una vida de austeridad y recogimiento que no pasaba desapercibida entre los más adictos al rey. Era demasiado rezadora y buena la princesa para fundamentar sobre ella los sueños de matrimonio que tenía el rey. Algunas veces por no desobedecer a su padre Juana tomaba parte en algunas diversiones, pero todos veían que la princesa no había nacido para aquella vida de diversión.

* * *

Un día callaron las músicas y cesaron los torneos. La reina doña Isabel había muerto. El rey guardó luto riguroso y con él toda la corte, pero la que más se impresionó fue la princesa Juana, la cual, junto al féretro de su madre aprendió la profunda lección de la vanidad de todas las cosas de este mundo.

También los reyes se mueren, pensó, y desde aquel día fue aún más recogida y rezadora.

Desaparecida la reina se pensó en buscar una dama principal que hiciese con la princesa las veces de madre. Fue esta doña Beatriz de Meneses, conocida en toda la corte por su talento y bondad. Desde el primer momento las dos mujeres se compenetraron maravillosamente, y no tardó en correr por palacio la voz de que la princesa Juana y doña Beatriz de Meneses más que señora y doncella parecían dos hermanas. El rey se felicitó de su acierto y hasta intentó servirse de doña Beatriz para orientar a su hija según sus planes diplomáticos.

* * *

Cierto día doña Beatriz se atrevió a dar a la princesa la temida noticia.

— ¿No sabéis, señora, que el rey vuestro padre quiere daros en matrimonio a uno de los príncipes más poderosos de Europa? Vuestra hermosura es

muy conocida y debéis pensar en dar gusto a vuestro padre el rey.

La princesa, ruborizada, no acertó a decir palabra. Rompió a llorar desconsoladamente y cayó en un sillón desmayada. Vuelta en sí la princesa, doña Beatriz la habló con toda la ternura de que fue capaz y la dijo:

— Perdonad, señora, las palabras que os he dicho y que han sido causa de vuestra ligera indisposición. Conozco muy bien las inclinaciones de vuestra alma, pero no he hecho más que obedecer el mandato del rey mi señor, que quiere conocer vuestra voluntad.

— ¿Es cierto que mi padre el rey tiene esos pensamientos sobre mí? — preguntó la princesa acongojada.

— Sí, alteza, y tal vez no pase mucho tiempo sin que os anuncie seriamente su propósito.

Juana no pudo disimular un movimiento de contrariedad. Bajó los ojos al suelo como avergonzada y luego con una firmeza en la voz impropia de su carácter dulce y sumiso, dijo así a doña Beatriz:

— Haced el favor, señora de transmitir a mi padre los pensamientos que tengo sobre el particular. Decidle que su hija nunca aceptará la mano de ningún príncipe de la tierra. Sé que soy la heredera del trono de Portugal, pero estoy resuelta a renunciar a él, antes que ser infiel al amor que he prometido al Rey de los cielos.

Siguió a esto un silencio prolongado. Doña Bea-

triz conocía el corazón de la princesa, pero nunca pudo pensar que sus palabras iban a ir tan lejos. Antes que hablar al rey de semejante determinación, optó por conservar en silencio lo que acababa de oír. Siguieron haciendo las dos la vida de piedad de siempre y doña Beatriz esperó que los acontecimientos fuesen aclarando por sí mismo aquel cielo para ella tan lleno de nubes.

El rey esperó impaciente las noticias de doña Beatriz. La corte seguía su vida de frivolidad y el rey era su principal animador. Pero si el rey tenía interés en conocer la voluntad de su hija, no lo tenían menos algunos de los principales señores de la corte. Un día se acercaron al rey y le dijeron:

— Majestad creemos que el caso de vuestra hija debe resolverse cuanto antes. Las proposiciones de matrimonio llueven de los principales estados de Europa y es necesario decidirse cuanto antes. Además creemos que la amistad de doña Beatriz con la princesa no puede conducir a nada bueno. No sería difícil que el día menos pensado ambas desapareciesen de palacio y se internasen en un monasterio. No salen de la capilla y la princesa está cada día más ensimismada. Pensad lo que esto supondría para vuestro reino. El matrimonio de la princesa puede traernos muchas alianzas poderosas que de otra manera es casi imposible podamos hacer.

El rey escuchó en silencio las razones de los palaciegos y halagado en su vanidad buscó ocasión

propia para exponer a su hija el asunto de su matrimonio tan necesario para el engrandecimiento de Portugal.

El momento oportuno no se hizo esperar. Juana tuvo necesidad de dinero para socorrer a ciertas obras de caridad y acudió a su padre. Fue el momento propicio para el rey.

Estaba don Alfonso sentado en un magnífico sillón de terciopelo, cuando llamó a la puerta de la habitación la princesa. Apenas la vio entrar se levantó muy ceremonioso y la invitó a sentarse junto a él.

— ¿Qué deseáis?, hija mía, preguntó el rey muy complaciente.

— Ya sabéis, padre mío, repuso Juana, que una de mis ocupaciones más queridas es socorrer a los pobres. Los fondos de que dispongo no son suficientes para una urgentísima necesidad que se me ha presentado y quiero que me ayudéis con vuestra generosidad.

— Sí, hija mía. Ya sabes que nada te puedo negar, y menos para socorrer a los necesitados. Inmediatamente daré orden de que pongan a tu disposición todo el dinero que necesites.

Siguieron hablando padre e hija durante largo rato. Y cuando la joven princesa se disponía a salir, el rey le dijo cariñosamente:

— Antes de que te vayas quiero hacerte una sola pregunta hija mía. No sé si habrás pensado en que ya tienes edad para orientar tu vida. Doña Bea-

triz, a la que yo estimo como se merece, creo ya te habrá hablado de que debes pensar en contraer matrimonio. Muchos son los príncipes que aspiran a hacerte su esposa y eso naturalmente debe enorgullecerte. Otras princesas de tu edad ya han contraído matrimonio o están al menos comprometidas. Ya sabes que los negocios y conveniencias de los Estados exigen a veces la renuncia de aspiraciones y miras personales que los reyes y príncipes tenemos que sacrificar.

El rey calló y esperó la contestación de su hija. Juana bajó los ojos avergonzada y guardó un silencio impresionante.

— ¿Qué decís?, preguntó el rey que no podía soportar aquel silencio embarazoso. Son muchos los príncipes que os han pedido por esposa y es menester que os decidáis pronto por alguno de ellos. El Duque de Braganza, el infante don Carlos, hijo del rey de Francia, el rey Enrique VII de Inglaterra..., todos esperan ansiosos vuestra contestación...

— Padre mío, dijo entonces Juana con una serenidad que impresionó vivamente al rey. El asunto que me acabáis de anunciar no se puede resolver en un instante, es demasiado importante para vos y para mí. Dadme, pues, os ruego, tiempo para pensar la respuesta.

Padre e hija se levantaron, y al salir Juana de la sala el rey le dijo con tono acariciador.

— Hija mía, esperaré el tiempo que tú quieras.

y confío en que tu talento ha de elegir lo más conveniente para nuestro reino.

* * *

En la capilla de palacio, entre la penumbra de la tarde y el silencio del lugar sagrado, Juana solloza puesta de rodillas ante la imagen de un Crucifijo. La lucha entablada en su alma es terrible. De una parte el cariño que profesa a su padre, de otra la guarda al voto de virginidad hecho al Señor. Las lágrimas corren por las mejillas de la hermosa princesa y los suspiros se escapan entrecortados de su pecho. De pronto una mano extraña corre suavemente la cortina de seda que separa la capilla en dos. Juana se estremece, cree que es su padre que desea conocer cuanto antes su determinación. Pero la que tan inesperadamente ha entrado en la capilla es doña Beatriz de Meneses.

— ¿Qué os pasa, señora, que tan afligida estáis?

— ¡Ah! ¿sois vos?

Las dos mujeres salieron de la capilla y se dirigieron a un salón contiguo. La princesa tenía el rostro encendido y los ojos hinchados de tanto llorar. Ambas se sentaron muy cerca una de otra y Juana dijo así:

— Creí que era mi padre el que corría las cortinas. Sé que está impaciente por mi respuesta y ya sabéis que yo no debo casarme, pues tengo hecho al Señor voto de castidad. Sé que mi padre trata

de ganaros a vos, pero no me importa. Sabed que nuestra amistad dejará de existir en el momento en que tratéis de oponeros a mis deseos. Aún os diré más. Mi padre tiene interés especial en casarme con el hijo del rey de Francia, pero he de deciros que esto es de todo punto imposible, pues él en este momento acaba de morir.

Doña Beatriz, al oír estas palabras quedó sobrecogida de espanto. ¿Era una santa la princesa, o aquella noticia era una estratagema para desbaratar los planes de su padre?

Doña Beatriz trató como pudo de tranquilizar a su señora y de allí a pocos días se tuvo en palacio la noticia de la muerte prematura del heredero del trono de Francia.

El rey don Alfonso no pudo disimular la contrariedad que le causó la muerte del príncipe. Durante algún tiempo no volvió a hablar a su hija de matrimonio y esta se sintió segura y libre para poder consagrarse al Señor. En apoyo de este su deseo vino el nacimiento de su hermano el príncipe don Juan. Su Padre parecía más satisfecho y ella llegó a creer que la temible tempestad se había disipado.

Pero un día el rey recibió cartas del rey de Inglaterra solicitando la mano de la hermosa princesa. Don Alfonso sintió renacer de nuevo la esperanza de poder casar a su hija con uno de los reyes más poderosos de Europa. Llamóla aparte y le comunicó tan importante noticia.

— Ya sabes, hija mía, le dijo, que las leyes de Estado son a veces imperiosas, y es menester renunciar a las inclinaciones para bien de la Nación. El rey don Enrique de Inglaterra quiere tomarte por esposa y yo creo que accederás a ello aun a costa de tus inclinaciones personales.

— Señor y padre mío, repuso Juana. Siento mucho decirlo que mi matrimonio con el rey de Inglaterra no se puede llevar a cabo, pues su majestad don Enrique VII acaba de morir.

Don Alfonso al oír esto quedó pálido como la cera. Tenía el precedente de la muerte del príncipe don Carlos y temió fuese cierto lo de rey de Inglaterra. A los nueve días se confirmó oficialmente en palacio la trágica noticia.

* * *

Pasaron algunos años. El rey Alfonso preparó una expedición contra los moros y durante su ausencia quedó Juana interinamente como reina de Portugal. La joven reina gobernó con prudencia y tacto exquisito y sobre todo se empleó en practicar grandes penitencias por el feliz éxito de la campaña. Al cabo de unos meses volvió el rey sano y salvo y las fiestas que se celebraron en todo el reino de Portugal para solemnizar tan magno acontecimiento fueron muchas y muy solemnes.

En el palacio real no se hablaba de otra cosa que de la hermosura de la reina Juana y de su rara

prudencia. Más que con la vara de la justicia había gobernado a su pueblo, durante la ausencia del rey, con el dulce mandato de la bondad y de la misericordia. Alfonso V se aprovechó de esta circunstancia para dar el asalto definitivo al castillo casi inexpugnable del corazón de su hija.

— Sé que has gobernado con prudencia y con acierto mientras mi ausencia, hija mía. Esto debe convencerte de que Dios te quiere para los difíciles caminos del gobierno, para ello nada más oportuno que ser esposa de uno de los príncipes que te han solicitado, de este modo no sólo harás feliz tú el reino de tu futuro esposo, sino también podrás ayudar al bienestar del de tu padre.

Juana ya no pudo continuar oyendo las palabras del rey. Con una entereza que dejó pasmado a su mismo padre le dijo:

— Bien sabéis, padre, que he gobernado vuestro reino durante vuestra ausencia en justicia y misericordia, pero no creáis que esto se debe a mi talento, sino a las penitencias que durante ese tiempo he hecho. El éxito, pues, de vuestras conquistas se deben completamente al favor del cielo. Dad a Dios gracias por tan singular favor y a mí concededme la gracia que os voy a pedir. En la Sagrada Escritura se lee que cuando Jefte alcanzó la victoria señaladísima sobre su fuerte enemigo hizo al Señor un voto y éste fue de ofrecer al Señor la primera joven que saliese a su encuentro. Sabéis que fue su misma hija. Hoy yo te pido no que me

ofrezcas al Señor, sino que me dejes realizar el ofrecimiento que hace tiempo tengo hecho de entrar en un monasterio para todo el tiempo que me quede de vida.

D. Alfonso palideció. Comprendió que nadie podría doblegar aquella voluntad de hierro y cedió al fin a los deseos de la bella princesa.

* * *

En uno de los parajes más bellos de Portugal estaba el monasterio de Jesús de Aveiro. La naturaleza fue pródiga en reunir las más variadas bellezas en aquel lugar solitario al que se habían retirado muchas damas distinguidas de la corte, entre las que sobresalía por su piedad y sus riquezas doña Leonor de Meneses que de allí a pocos días iba a vestir el hábito de religiosa.

La princesa Juana recibía con frecuencia cartas de doña Leonor su gran amiga, y en su corazón crecía el ansia de poder consagrarse definitivamente al Señor en aquel hermoso y solitario convento de Jesús de Aveiro.

El rey antes de dejar salir a su hija de palacio la pidió una última gracia. Que no ingresase en Aveiro, monasterio de extrema pobreza, sino en el de Udivelas, fundado por la casa real y más conveniente a su elevada alcurnia. La princesa no quiso disgustar a su padre y le dio este gusto.

La salida de palacio fue de noche para evitar

cualquier oposición de los nobles o lo que hubiera sido peor un motín popular. Acompañada por algunas doncellas de las más íntimas y discretas salió de palacio, besando efusivamente a su padre el rey que no pudo contener las lágrimas. En el monasterio esperaban a la princesa todas las monjas con singular alegría y animación. Pero las cartas de doña Leonor y su amistad triunfaron al poco tiempo. Dos meses escasos permaneció la princesa en el monasterio de Udivelas, al cabo de los cuales salió para el de Jesús de Aveiro. La movió esta determinación no sólo la amistad de doña Leonor, sino también el deseo de mayor soledad, pues en Udivelas eran frecuentes las visitas del rey su padre y de otras muchas personas de la corte.

El día 30 de julio del año 1472, la bella princesa llegó al convento de Aveiro acompañada de su padre y de gran acompañamiento. Antes de que traspusiese definitivamente los muros del monasterio el rey la dijo:

— Mirad, hija, que en este monasterio habéis de pasar muchas necesidades y esto no está bien con vuestro linaje.

— Padre mío — repuso Juana — nunca serán tantas como las que tuvo que pasar nuestro Señor en la cueva de Belén o en la santa Cruz.

El día 4 de agosto se despidió para siempre del mundo. Era el día de Santo Domingo de Guzmán. Después de haber oído con mucho fervor la Santa Misa y besado la mano a su padre y a su hermano

el príncipe, se encerró para siempre tras los muros del monasterio.

Tres años pasaron antes de recibir el hábito de religiosa. El mero hecho de ser princesa jurada y en caso de muerte de su hermano heredera del trono, fueron la causa de aquel retraso, pero no por eso la princesa dejó de vivir como la más humilde de las religiosas. Vestida de un hábito pobreísimo y siguiendo en todo la vida rigurosa de la comunidad, era modelo de austeridad y de silencio. El día de la conversión de San Pablo y sin que en palacio se enterasen, la hija del rey de Portugal don Alfonso V se consagró para siempre al Señor vistiendo el hábito de religiosa.

* * *

La toma de hábito de la princesa heredera corrió inmediatamente por todo el reino. Los nobles se soliviantaron y el rey, el príncipe y hasta el obispo de Evora se unieron para anular aquella determinación.

Un día, en efecto, se presentaron el príncipe y el obispo en el monasterio con el fin de convencer a la princesa de su absurda forma de obrar. La novicia no se atemorizó con semejante visita, tenía puesta toda su confianza en Dios y así recibió con la mayor tranquilidad y serenidad la visita.

El príncipe al ver a su hermana se arrojó a sus

pies y la besó la mano con mucho cariño y respeto. Luego le dijo:

— Grande agravio habéis hecho, hermana mía, al rey nuestro padre y a todo el reino de Portugal pues sabéis la falta que tiene de herederos. En vuestras manos está el consuelo del rey que desde que ha sabido la noticia de vuestra entrada en religión no tiene un día feliz. Vengo a rogaros de parte suya y mía y de todo nuestro reino que dejéis esta vida que habéis comenzado y os volváis de nuevo a la corte. Y sabed que si no queréis hacerlo de buen grado habrá quien os lo haga practicar a la fuerza.

— Señor y hermano mío — contestó la princesa —. Sé que mi padre tiene medios para sacarme por la fuerza de este sagrado lugar, pero sería una vileza que los emplease con una mujer débil como yo que no tengo más armas que las lágrimas. Mas con ellas y con las oraciones que tengo hechas y haré siempre al Señor espero que se servirá de conservarme en su santo servicio y en el estado que he elegido, teniendo como tengo por protector a mi padre Santo Domingo, cuyo hábito llevo, y sabed, señor, y hermano mío, que con estas armas podré salir victoriosa de todos los ejércitos de la tierra por grandes y poderosos que parezcan.

Quedaron atónitos el príncipe y el obispo oyendo aquellas palabras de la joven princesa y a punto estuvieron de partir a dar cuenta al rey del fracaso de sus conversaciones, pero el obispo, cre-

yendo que su autoridad sería capaz de conseguir lo que no había hecho el príncipe ni con sus ruegos ni con sus lágrimas, se dirigió a la princesa y la dijo de esta manera :

— Señora, todo el mundo sabe que el estado de religión es más perfecto que el del matrimonio y que en aquel se puede más fácilmente conseguir el cielo. No sois vos, señora, la primera princesa o reina que ha dejado el mundo para encerrarse en un monasterio, pero habéis de advertir que las razones que concurren en vos difícilmente podrán encontrarse en otra persona de vuestra calidad y alcurnia. Porque si es verdad que hubo reinas, como nuestra santa Isabel, esposa del rey don Dionís, que dejaron el mundo y se retiraron a la soledad del monasterio, pero esto lo hicieron porque enviudaron, y muerto su esposo, prefirieron retirarse del mundo y de los devaneos de la corte, antes que verse expuestas a los mil peligros que suele llevar consigo la temprana viudez. Así lo hicieron, junto con doña Isabel, doña Teresa y doña Mafalda hijas ambas de don Sancho de Portugal y doña Blanca de Castilla, hija de don Alfonso IV. Pero sabed que estas reinas al fin tenían hermanos que podían hacerse cargo del reino que ellas dejaban, en cambio vos... El rey vuestro padre y nuestro señor, ni se ha casado, ni trata de ello; vuestro hermano el príncipe, está muy enfermo, por esto podéis comprender que sois imprescindible a vuestros súbditos que os quieren y os aprecian.

Si las razones y las lágrimas de su hermano no fueron capaces de conmover el corazón de la joven princesa, menos lo fueron las del obispo. Juana permaneció firme en su determinación y la comitiva real abandonó el convento pesarosa de no haber podido conseguir su intento.

* * *

Mientras tanto en el convento de Jesús de Aveiro la hija del rey de Portugal se postraba ante una imagen de Cristo crucificado y con lágrimas y suspiros daba gracias a Dios que la había dado tanta fortaleza en momentos tan decisivos.

Diez y ocho años vivió en aquel retiro de Aveiro, y durante todo este tiempo fue modelo de todas las virtudes. Caritativa en extremo, sobre todo con las enfermas, humilde hasta el heroísmo, trabajadora sin cansancio, y dicen las crónicas que más de una vez se la vio acarrear tierra y piedras para hacer unas obras en el monasterio, sin que fuese obstáculo ni la nobleza de su sangre, ni la delicadeza de su cuerpo.

En todo el reino de Portugal corrió la fama de santidad de la hija del rey. Ricos y pobres, palacios y plebeyos, hablaban con respeto y veneración de la joven princesa que había renunciado a un reino para encerrarse en un convento. Sólo en el palacio real se seguía comentado la absurda determinación de Juana y hasta se creía que pasados

los primeros años de fervor terminaría por volverse a las comodidades de la corte.

* * *

Pasaron los años. La princesa iba consumiéndose rápidamente a causa de sus grandes penitencias. En el convento y fuera de él se hablaba de ella, como de una santa. En la primavera del año 1490, enfermó de gravedad. Fue el aviso del cielo de que con el nuevo brotar de las flores ella también nacería para una vida mejor. Se avisó a la corte y se presentaron los mejores médicos enviados por el rey. Pero aquella enfermedad no tenía remedio. La princesa iba a dejar definitivamente el mundo para irse al cielo. En el momento de la muerte estuvieron presentes tres obispos que quedaron admirados de la rara virtud de aquella humilde religiosa hija del rey de Portugal.

Era el día 12 de mayo de 1490. Tendida sobre el duro suelo, cubierta de ceniza, esperó la llegada del Divino Esposo. El Superior de los Dominicos entonó emocionado las letanías de los Santos y al llegar a las palabras *Omnes sancti innocentes, orate pro ea*, todos los santos inocentes, rogad por ella, expiró dulcemente.

los primeros años de fervor terminaría por volverse a las comodidades de la corte.

* * *

Pasaron los años. La princesa iba consumiéndose rápidamente a causa de sus grandes penitencias. En el convento y fuera de él se hablaba de ella, como de una santa. En la primavera del año 1490, enfermó de gravedad. Fue el aviso del cielo de que con el nuevo brotar de las flores ella también nacería para una vida mejor. Se avisó a la corte y se presentaron los mejores médicos enviados por el rey. Pero aquella enfermedad no tenía remedio. La princesa iba a dejar definitivamente el mundo para irse al cielo. En el momento de la muerte estuvieron presentes tres obispos que quedaron admirados de la rara virtud de aquella humilde religiosa hija del rey de Portugal.

Era el día 12 de mayo de 1490. Tendida sobre el duro suelo, cubierta de ceniza, esperó la llegada del Divino Esposo. El Superior de los Dominicos entonó emocionado las letanías de los Santos y al llegar a las palabras *Omnes sancti innocentes, orate pro ea*, todos los santos inocentes, rogad por ella, expiró dulcemente.

